

MARIANGELA RODRIGUEZ

HACIA LA ESTRELLA CON LA PASION Y LA CIUDAD A CUESTAS



MARIANGELA RODRIGUEZ

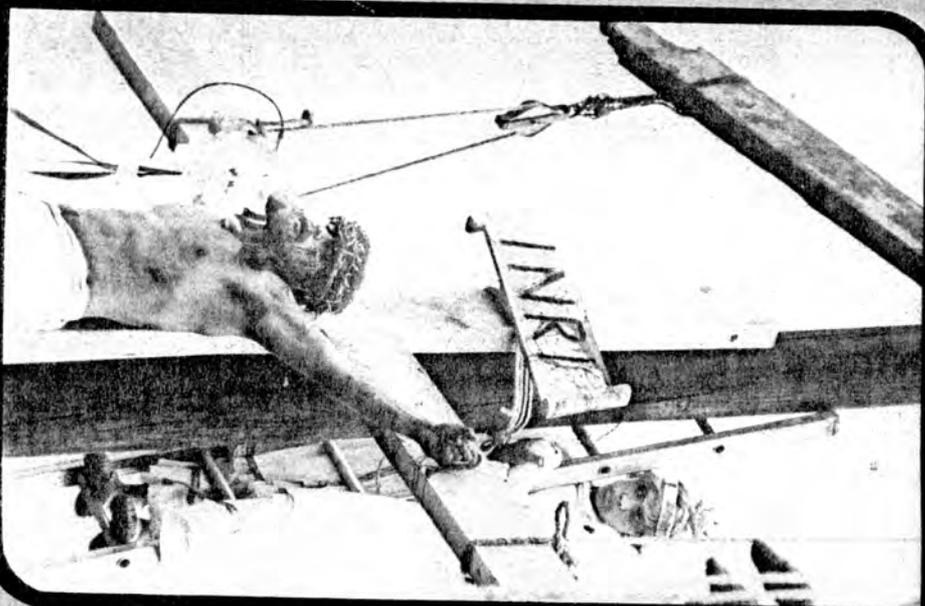
**hacia la estrella con
la pasión y
la ciudad a cuestas**

semana santa en iztapalapa

35



cuestas



Índice

Agradecimientos	11
Introducción	13
1. Iztapalapa: esplendor y decadencia	17
Notas	27
2. La pasión de Iztapalapa: de la imaginación a la conformación del <i>ethos</i>	29
Notas	67
3. Flores, cera, vino y llanto para los dioses	69
Notas	87
4. San Martín Caballero, del Señor fiel misionero, líbrame del hechicero	91
Notas	159
5. En los tiempos del cólera	161
Notas	183
Conclusiones	185
Anexos	193
Gráficas, mapas y láminas	199
Bibliografía	213

4. San Martín Caballero, del Señor fiel misionero, líbrame del hechicero

El solitario mexicano ama las fiestas y las reuniones públicas. Todo es ocasión para reunirse. Cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha del tiempo y celebrar con festejos y ceremonias, hombres y acontecimientos. Somos un pueblo ritual y esta tendencia beneficia nuestra imaginación tanto como a nuestra sensibilidad, siempre afinadas y despiertas. El arte de la fiesta, envilecido en todas partes, se conserva intacto entre nosotros. En pocos lugares del mundo se puede vivir un espectáculo parecido al de las grandes fiestas religiosas de México, con sus colores violentos, agrios y puros, sus danzas, ceremonias, fuegos de artificio, trajes insólitos y la inagotable cascada de sorpresas de los frutos, dulces y objetos que se venden esos días en plazas y mercados.

Octavio Paz. El Laberinto de la soledad.

Lo religioso

Se trata de un sistema de símbolos a través de los cuales se generan profundas motivaciones en los hombres, y que además, establece paradigmas para aquéllos que están inmersos en la experiencia religiosa porque formula concepciones generales de existencia.

En la práctica, la experiencia religiosa nos muestra la visión ideal que sobre el mundo tiene un conjunto social determinado, visión emocionalmente convincente al ser presentada como todo un estilo de vida, que objetiva preferencias morales y éticas al mostrarlas como las condiciones implícitas de la vida, con una estructura inalterable que es captada por el sentido común.

Es necesario estudiar la religión y su relación con los valores, desde el punto de vista ideológico.

Para los iztapalapenses, las condiciones a partir de las cuales se estructura y se norma la vida social pasan por la familia y la religión; a partir de ellas se integran territorialmente. Por esto las prácticas de religiosidad popular en Iztapalapa no se circunscriben a la celebración de Semana Santa. Hay un considerable número de mayordomías dedicada al culto de diversas imágenes.¹

El sistema de fiestas es una estructura religiosa popular con algunas reminiscencias de origen prehispánico. El régimen colonial primero y después las relaciones propiamente capitalistas han resignificado estas estructuras, que están en permanente recomposición y eso es lo que ha hecho posible su existencia actual como mayordomías.² Por ejemplo, un impacto muy fuerte sobre la religiosidad popular en Iztapalapa, fue la promulgación de las Leyes de Reforma, que abrieron un espacio para que se diera "una relativa autonomía" de los sistemas de cargos frente a la Iglesia oficial. Es decir, fueron favorecidas por el inicio del proceso de secularización o supresión paulatina de instituciones eclesiásticas que ejercían un importante dominio sobre la sociedad civil.

No queremos con esto hablar de una oposición antagónica entre la Iglesia y la religiosidad popular, sino más bien señalar un hecho que modificó el carácter de las relaciones de estas dos estructuras, en la medida en que fueron suprimidas cargas tales como diezmos, primicias, rentas de las cofradías, capellanías y deudas morales. Este acontecimiento favoreció las celebraciones populares si consideramos que las mayordomías canalizaron hacia sus propias necesidades lo que antes era un oneroso tributo destinado a la Iglesia. Este proceso fue paralelo a una fuerte diferenciación económica que partía de las propias Leyes de Reforma. Éstas implicaron pérdida de las tierras comunales, de tierras de "santos", laicización de la educación, etcétera. En ese momento histórico se hirió de muerte a la Iglesia como institución.

El sistema festivo se adaptó una vez más a las nuevas circunstancias. Según lo planteado por los diversos cronistas, en la época prehispánica ya existía un ciclo festivo diferenciado por clases sociales, aunque no un sistema de cargos tal como lo conocemos actualmente. La recomposición de las mismas y del entorno cultural ha sido permanente e histórico. La religiosidad popular sigue existiendo hoy a la sombra del proceso de urbanización. También se adaptó al smog, a los ejes viales, a las cámaras de televisión y a las luces de neón. Este ir y venir del sistema de cargos ha combinado el patronazgo individual y colectivo en cuanto a la responsabilidad de realizar la fiesta.

Hablaremos en general de la religiosidad popular en Iztapalapa tomando en consideración el sistema de cargos, aunque esta celebración no esté organizada sobre la base de cargos rotativos. El comité que concentra la realización de la Semana Santa es una versión más o menos se-

cularizada del sistema de cargos, que guarda una importante relación con un complejo festivo tal como lo ha concebido la antropología.

Las mayordomías en Iztapalapa

Con la aparición del Señor de la Cueva, el 3 de mayo de 1833, se origina el actual ciclo festivo religioso de Iztapalapa. Este milagroso Señor se convirtió en el centro del culto local y en la salvación del pueblo, cuando la epidemia del cólera morbus azotó a la ciudad de México el siglo pasado. Todas las prácticas de religiosidad popular en Iztapalapa están vinculadas al culto a la imagen de dicho Señor; esta imagen representa una forma de hierofanía en Iztapalapa, es una aparición milagrosa de lo divino, que alude a milagros. Éste y los demás símbolos sagrados tienen la función de sintetizar el *ethos* de un pueblo, su estilo moral ético y estético, su cosmovisión, las ideas que sobre la realidad tienen, especialmente sus ideas del orden. En el núcleo mismo de la identidad de este pueblo se yergue la imagen señalada; es un símbolo que indica que estamos en Iztapalapa, que es un pueblo que logró sobrevivir a una devastadora experiencia de muerte, de caos. Se festeja y conmemora la vuelta al orden estructurador.

En relación a la catástrofe, al mal, la religión opera presentando al hombre un orden que le permite salvarse del caos, el sufrimiento y la muerte. Desde su lógica la religión ofrece una explicación a todos los hechos, hace soportable la vida. Cuando estos significados se objetivan y se convierten en contenidos transmisibles de una generación a otra, estamos frente a una real eficacia simbólica. La operación de la hegemonía se concreta en hechos, apuntalando la construcción del consenso al convertir en naturales el dolor, el sufrimiento y la subalternidad de los pobres.

Desde el punto de vista de la hegemonía, el ordenamiento religioso es fundamental para los sectores populares que manifiestan impotencia analítica frente a las condiciones de su propia vida, normadas desde una autoridad, que es aceptada pasivamente.

Hay gran cantidad de mayordomías dedicadas al culto de diversas imágenes. Iztapalapa se divide en dos mitades —medios pueblos—, sus nombres son Atlalilco y Axomulco. A cada mitad le corresponden cuatro barrios. Los ocho barrios se juntan para los festejos del santo patrón del pueblo, San Lucas Evangelista, y también el Señor de la Cueva y la Virgen de Guadalupe. Estas estructuras organizativas, a su vez tienen a su cargo la peregrinación a La Villa. Aquí aparece claramente una de las dimensiones de lo religioso: otorgar a los participantes unidades de pertenencia más amplias, como en el caso del culto a la guadalupana, máxima entidad religiosa mexicana.

El Señor de la Cueva es el mismo Señor del Santo Entierro. Dicen que proviene de Oaxaca, de donde son sus hermanos; el Señor de Sacromonte (de Amecameca), el Señor de Totolapan y el de Tepalcingo, Morelos. Fue traído a México para ser restaurado, quienes lo traían venían en peregrinación; cuando iban por el Camino Real de Iztapalapa se durmieron y al despertar no lo encontraron. Lo buscaron y se dieron cuenta que estaba resguardado en la cuevita en la que hoy se encuentra. Cuando intentaron moverlo, se percataron de que quería quedarse y ante esta "milagrosa" situación, se decidió hacerle un santuario.

Para los protagonistas de este ritual religioso, el parentesco es fundamental, y lo reiteramos porque no es extraño que desde la dimensión perceptual de los sectores que participan, los santos estén emparentados. A nivel hipotético podemos pensar que en los circuitos religiosos hay una estructura basada en el parentesco.

Por otra parte, la organización por barrios sancionada a través de la pertenencia a algún santo sirve como manera eficaz de organización social, segmentada pero a su vez integrada a una unidad mayor: el pueblo de Iztapalapa.

En la actualidad cada barrio tiene su propia estructura organizativa de la religiosidad. Opera con base en el sistema de cargos, que les permite distribuir sus responsabilidades. Cada barrio cuenta con su respectiva capilla (véase Mapa 3). Cada uno cuenta con una mesa directiva y una especie de "consejo de ancianos", que norman y hacen recomendaciones a los jóvenes cargueros.

El funcionamiento de entrega de imágenes a los mayordomos es el siguiente: en general este tipo de ceremonias se efectúa los fines de semana y excepcionalmente el propio día del santo, para que la gente que trabaja pueda asistir; es decir, se adapta a los ritmos que impone la producción capitalista. Dos días antes de la fiesta se hace una novena (nueve misas diarias). Durante esta novena se pasea la imagen por calles y callejones del barrio, se hacen altares enflorados, se reza, se ofrece atole, tamales y otras colaciones, producto de la cooperación entre parientes y amigos. Esto es muy importante ya que se trata de un patronazgo individual sólo de carácter formal, porque de hecho la crisis, con el alto costo de la comida, ha impuesto un retorno al patronazgo colectivo en la práctica.

Una noche antes, se levantan las portadas que se han venido realizando hasta con dos meses de anticipación. Estas portadas son arcos de madera adornados con flores y semillas, que se colocan a las entradas de los atrios y capillas. Los días que se trabaja en la construcción de las portadas, el mayordomo tiene la obligación de darle de comer a los trabajadores. Esa misma noche el mayordomo acompañado de amigos, vecinos y familiares van a cantarle las mañanitas al santo con conjunto de mariachis; este gasto corre por cuenta del mayordomo. La banda se paga

por cooperación, lo mismo que la comida de la mañana del día del festejo. Una noche antes, las imágenes del resto de los barrios se exponen en sus capillas, como símbolo de "la unidad del pueblo de Iztapalapa".

En 1930 se instituyó la costumbre de reciprocarse con visitas de los otros barrios al santo festejado en su día para relacionarlos y unirlos. Un año antes, el 20 de agosto de 1929, le negaron a Iztapalapa la restitución de sus tierras. Es como si ante la ratificación legal del despojo material, se recurriera a prácticas religiosas en busca de la integración social que se ve amenazada. Es muy claro este ejemplo para ilustrar justamente el hecho que hemos mencionado: a nivel estructural la tendencia a la diferenciación de las categorías sociales se pone de manifiesto, no obstante, a nivel simbólico y de significación se tiende hacia la integración social.

¿Cómo se otorgan las mayordomías?

En general se busca gente que ha participado en alguna festividad. Se da preferencia a la gente del barrio. Se atienden también solicitudes hechas por los interesados hasta con dos años de anticipación, presentadas ante los encargados de la mayordomía. Éstos llevan sus libros de registro de cada función, con su respectiva fecha de inicio y terminación.

La confirmación del cargo se celebra con un desayuno ofrecido por quien asume la mayordomía. Se cierra la ceremonia cuando se encienden veladoras en señal de profundo compromiso. Se hace una presentación pública del nuevo mayordomo en la Iglesia, durante la misa, quien asume el cargo entrega un presente a la imagen de la capilla correspondiente. Los obsequios más usuales son flores, cirios, carpetas, mantelitos, etcétera. La persona que acepta el compromiso exime de inmediato al mayordomo anterior y éste ofrece al entregar su cargo refrescos y galletas a los participantes que hicieron favor de acompañarle y se despiden con una limosna a la imagen. El nuevo mayordomo se prepara para recibir en su casa ese mismo día a vecinos y parientes. La comida, como corresponde a la ocasión, consiste en mole, arroz, barbacoa, frutas y dulces; se bebe pulque, cerveza, ron. Se ameniza con un baile, que muchas veces se hace con orquesta, si las posibilidades económicas del mayordomo son menores se lleva "sonido", aunque el compromiso se saca entre todos.

Cuando tiene lugar esta ceremonia, los encargados de hacer la "transmisión de responsabilidades" hablan de la importancia de esta tradición y de la necesidad de mantenerla. Son palabras dirigidas a las nuevas generaciones, a manera de enseñanza de cómo debe ser el orden.

Registramos, en esta práctica concreta de la transmisión de la mayordomía, cómo se enseña y se aprende que la religión es una estruc-

tura que contiene a aquellos seres humanos amenazados por el caos, cómo representa la única posibilidad para dichos grupos por estar al límite de la resistencia.

La cuestión religiosa no evita el sufrimiento, sino que establece las pautas de cómo sufrir, de cómo hacer de la pérdida, la muerte y la catástrofe colectiva algo tolerable.

La religión cumple con dos funciones importantes: establece pautas generales sobre la vida por una parte, y por otra ofrece también un espacio y afectos, de diversas índoles.

Estas mayordomías no son organizaciones de orden religioso exclusivamente, sino que su red de influencia es mucho más amplia, es también política, social y familiar. Son además, núcleos de integración social que articulan parte de la existencia de los pobladores de Iztapalapa, desde la importante dimensión ideológica y cultural.

Los hechos culturales son hechos sociales a través de los cuales los hombres constituyen y aprenden la utilización de las formas simbólicas. Por esto no nos resulta extraño el denso calendario religioso de Iztapalapa que abarca todo el año.

Ciclo festivo anual

1. Acción de gracias al Señor de la Cueva (fiesta del 3 de mayo).
2. La del enflorado. En la que se hacen las portadas de flores que se llevan a La Villa de Guadalupe en su fiesta (12 de diciembre).
3. La de los cirios. Jóvenes de más de doce años, también en acción de gracias (septiembre 16 o 21).
4. La del Señor de la Salud (en noviembre).
5. Mayordomía de los comerciantes. La hacen un grupo de señoras llamadas chincoleras. Celebran con una misa de acción de gracias la venta de verduras. Ahora se denomina de los comerciantes (26 de noviembre).
6. El Patrono de Iztapalapa es el Señor San Luquitas (se festeja el 18 de octubre).
7. Martes de carnaval. El 5 de febrero se hace la misa. El miércoles se toma la ceniza. Bajan al Señor de la Cueva para que el pueblo lo besa y colocan su imagen junto a la Virgen de la Soledad.
8. La Santísima Trinidad (se hace en junio y en ocasiones en mayo). Se oficia misa, se hace comida especial y vienen grupos de danzantes; le corresponde a Atlalilco, y a los ocho días la hace Axomulco.

Si observamos cuidadosamente el calendario de las fiestas religiosas, vemos que cada conmemoración nos habla de un dispositivo que integra la definición fundamental de Iztapalapa: lugar del Señor de la Cueva,

que no es una imagen aislada sino que está inserta dentro de realidades más amplias. La presencia y el recordatorio permanente de que hubo una epidemia que amenazó la existencia de Iztapalapa, llevándose a miles de jóvenes, que tuvo lugar en un pueblo agricultor que vivió en gran parte del cultivo de verduras.

La organización de las mayordomías se hace a través de la mesa directiva. Esta se encarga no sólo del cuidado de la capilla sino también de llevar a cabo la celebración correspondiente.

La mesa consta de un presidente, un vicepresidente y varios vocales (eventuales muchas veces).

Las responsabilidades de carácter general se reparten por calles. Una calle se encarga de los fuegos artificiales, otra de la comida, y así sucesivamente. La comida se ofrece por lo general a un grupo de visitantes de alguno de los pueblos con los que se tiene relación.

Los barrios tienen relaciones entre sí, no siempre armónicas, muchas veces conflictivas. Cada barrio, a su vez, guarda relación con su respectivo medio pueblo. Los dos medios pueblos se reúnen para coordinar las acciones religiosas que tienen que ver con Iztapalapa en su conjunto. Además, guardan relación con otros pueblos o epicentros religiosos. Por ejemplo, el 26 de noviembre vienen devotos de Tepalcingo, Huamantla y Xochimilco a hacerle su misa al Señor de la Cueva. Esta visita se paga con otra a esos pueblos con la réplica del santo (la costumbre establece que el original de la figura de un santo permanezca en su templo, por lo general la réplica es la que sale de visita y en peregrinación, con música de banda y comida). La gente de Iztapalapa hace promesas a santos de varios pueblos: Chalma, San Juan de los Lagos, Tepalcingo, Tenancingo, Amecameca y la Basílica de Guadalupe.

El Señor San Lucas Evangelista es el patrono de Iztapalapa. Su fiesta se celebra el 18 de octubre. Ese día se juntan los dos Señores de la Cueva, el original y la réplica, que pertenecen a las dos mitades del pueblo de Iztapalapa. Los dos están presentes en la celebración. Este hecho lo hace singularmente importante.

Los santos se organizan jerárquicamente, y en cuanto a importancia se rigen por una autoridad mayor (el Señor de la Cueva), quien asegura la unidad territorial simbólica.

En la organización de la vida religiosa son muy importantes la vecindad y el parentesco, como ya hemos dicho en líneas anteriores. La gente se organiza por calles. Por lo general, las familias habitan casas que les han pertenecido durante varias generaciones. Es por esto que, cuando mencionamos un apellido, inmediatamente se asocia a su calle. En el lenguaje más coloquial y cotidiano la calle, el callejón, incluso hasta el paraje, tiene para los de Iztapalapa una connotación bien entrañable.

Cada casa tiene su altar tradicional donde se venera no sólo la imagen que se le ha encargado a la familia sino otra serie de imágenes adquiridas, muchas veces en sus viajes de peregrinaciones religiosas. aunque el centro del culto sea la capilla, el altar familiar es muy significativo. De los altares familiares ya hablaban los cronistas con gran admiración, es una tradición que data del siglo XVI. Se trata de la apropiación simbólica de la divinidad, de su ingreso a la familia en un lugar de honor. En las casas observadas estaban colocados en la sala al lado de los altares que se hacen con las fotos de la familia y de parientes distinguidos. Por otra parte implica inscribir la realidad más cotidiana dentro de un orden sobrenatural.

Los jóvenes también forman comisiones para la organización de otros eventos que no son propiamente religiosos (*kermeses*).

A algunas fiestas asisten danzantes aztecas, éstos no cobran, sólo se les da "su pasaje y su taco". En la noche hay funciones de box y de lucha, se queman toritos y castillos. La hibridación cultural se pone de manifiesto, al entrar en acción dispositivos provenientes de órdenes culturales diversos: se amalgaman la visión prehispánica (danzantes indígenas), con el box y la lucha libre como expresiones culturales más urbanas y el culto religioso de origen colonial. Conviven y se relacionan como lo que son: fragmentos de la cultura popular. Un detalle curioso es que algunos barrios tienen "octava". Esto quiere decir que la celebración se repite a los ocho días siguientes; sucede cuando hay una doble imagen festejada. Entonces la primera celebración es para la imagen grande y la segunda para la chica. Los dos mayordomos comparten la responsabilidad del cargo, durante seis meses cada uno. Es otra costumbre muy generalizada, no sólo en Iztapalapa, sino en otros lugares de México, el que existan las imágenes por duplicado. Es una especie de desdoblamiento de la representación en el que la imagen grande es la más valorizada. Esto se hace con la finalidad de que la imagen de la capilla no se quede sola, o para dirimir conflictos de los barrios. En un inicio la "octava" se estableció para unir las dos mitades del pueblo de Iztapalapa. Se hacía primero la fiesta de una mitad y a los ocho días la de la otra mitad. Pero ahora, dentro del propio barrio, se hacen dos celebraciones con el fin de acercar a diferentes grupos. Por ejemplo, en el barrio de San Pablo, el lunes siguiente después de la fiesta se hace la "bendición de los animalitos" (especie de reminiscencia de una Iztapalapa más rural) y después se hacen juegos pirotécnicos. Existe también la modalidad de festejar a varias imágenes en un mismo barrio; en San Lucas, además del santo patrón, se celebra a San Isidro Labrador y a la Virgen de Guadalupe.

A la fiesta asisten representantes de los otros barrios y de otros pueblos. La mayordomía es un cargo muy respetado, como lo son en ge-

neral todos los cargos de carácter religioso. Se cuentan numerosos castigos violentos de los santos hacia las personas que rechazan algún cargo, o tienen actitudes irreverentes frente a la divinidad. Esto se explica si tomamos en consideración que los símbolos sagrados sintetizan no sólo contenidos emocionales sino concepciones éticas de los pueblos a los que pertenecen; cualquier transgresión a estos principios es castigada severamente.

Portada de flores para la Guadalupeana

Es muy importante para Iztapalapa organizar una peregrinación anual a la Villa de Guadalupe. En la Basílica, los iztapalapenses instalan año con año dos portadas de flores como una ofrenda especial de todo el pueblo para la virgen. Se trata de una vieja tradición; antiguamente, según cuenta la Sociedad Florera, las portadas no eran de flores sino de verduras que se cosechaban en las chinampas. A través de canales se las llevaban hasta Jamaica, después, el resto del trayecto se hacía a pie hasta La Villa. Las portadas de hoy están hechas con flores compradas. Estas sociedades subsisten como asociaciones religiosas a pesar de que la actividad económica haya desaparecido; los cargos en ellas son vitalicios. Los ancianos, aunque no trabajen directamente en la celebración elaborando portadas, tienen posiciones destacadas dentro de las mayordomías: "por tener más sabiduría los viejos tienen su lugar". La Sociedad Florera cuenta con tres imágenes, una grande y dos chicas. Pero sólo la grande es la que se lleva a la Basílica por tratarse de la Virgen de Guadalupe; cada una tiene su fiesta.

Cada una de las mitades del pueblo tiene su respectiva Sociedad Florera. La primera portada la ponen los de Axomulco, la segunda los de Atlalilco.

Las dos sociedades se encargan de una mayordomía anual de la Guadalupeana; en ésta sólo participan hombres. La fiesta propia de estas sociedades es el 8 de septiembre y el 12 de diciembre, cuando hacen su peregrinación a la Villa de Guadalupe.

El hecho de que la edad de los mayordomos sea cercana a los cincuenta años nos permite comprender, en parte, el mantenimiento de esta tradición. Como los cargueros o mayordomos no están en edad productiva, se les asigna la responsabilidad del culto a los santos, lo que ofrece a ellos un espacio para la socialización, que no lo proporcionan las prácticas religiosas privadas. Les permite también "paliar" la situación de ser ex-campesinos y ex-obreros. La participación de los ancianos en la vida religiosa es significativa pues en Iztapalapa son considerados como los depositarios de la tradición; en manos "de la gente más grande" está

la transmisión de los valores a las nuevas generaciones. Ésta sería quizás una pista para entender la fuerte presencia del tradicionalismo en algunas sociedades que dejan en manos de los viejos la educación de los más jóvenes.

Antes las mayordomías estaban ligadas al ciclo agrícola. La determinación de la naturaleza constituía el factor fundamental de estas prácticas. Hoy las mayordomías se mantienen, pero ha habido un desplazamiento de la determinación de la naturaleza hacia el terreno de la cultura, como eje de las fiestas.

La relación entre las mayordomías y la Iglesia católica tiene sus contradicciones. La Iglesia considera "paganas" las prácticas de religiosidad que tienen lugar fuera de ella. Según un antiguo párroco de Iztapalapa:

Una noche, recorría las calles de Iztapalapa a la uno o dos de la mañana, invitando a los fiesteros a no tomar pulque, eran unas borracheras tremendas y yo les suspendía las fiestas. Incluso hubo una oportunidad en que recibí un anónimo, a consecuencia de estas acciones. Me citaron a la calle X a las doce de la noche para matarme, porque no aceptaba sus tradiciones. Yo asistí, porque antes que ser sacerdote soy un hombre, estuve mucho tiempo apostado bajo un árbol, esperando la cita de la muerte, pero ésta la incumplió.

Lo más usual es la vía de la negociación. La Iglesia tiende sus puentes de legitimación hacia las mayordomías. Por ejemplo, la convocatoria y "ofrecimiento" de oficios religiosos a los participantes en sus celebraciones.

Tomamos en consideración las organizaciones de mayordomía, aunque no sean propiamente nuestro objeto de estudio, porque todas las manifestaciones de la religiosidad popular en Iztapalapa pertenecen a un mismo circuito ceremonial.

¿Qué es un ritual?

De manera muy sencilla planteamos que un ritual religioso es un acto de comunicación que nos informa. El mensaje que porta dicho evento se transmite de manera cíclica. Se trata de reafirmar reiteradamente todo un sistema de significados, renovar en los participantes ciertos estados mentales, a partir de hechos conmemorativos, trágicos en este caso. Lo que el ritual comunica es ideológico al transmitir normas, valores, patrones de conducta. Esta transmisión se asegura a través de contenidos emocionales.

En este sentido el ritual de Semana Santa de Iztapalapa, conmemora el paso de la muerte a la vida, a la salud, al celebrarse el fin de la epidemia del cólera morbus, hecho milagroso atribuido a un santo.

La conducta ritual es formal, preestablecida, tiene lugar fuera de la rutina relacionada con la reproducción económica de la fuerza de trabajo. Está mucho más relacionada con la reproducción ideológica, va dirigida a evocar el poder de potencias superiores.

Ahora, bien, en tanto sistema de comunicación, se estructura en base a símbolos. La definición de símbolo que tomaremos es la que propone Víctor Turner, quien considera que los símbolos son unidades básicas de comportamiento ritual que almacenan información transmisible. Son conjuntos de mensajes acerca de la vida social que se consideran dignos de ser transmitidos a otras generaciones.¹

Las significaciones sólo pueden almacenarse en símbolos; éstos son dramatizados durante los ritos y tienen un significado sólo para aquéllos cuya experiencia de vida tiene sentido en relación a dichos ritos. En ellos se condensa y se sintetiza el conocimiento del mundo y sus aspectos emocionales (síntesis de la cosmovisión y el *ethos*), fusión de lo existencial y lo normativo. Son fuentes extrínsecas de conocimiento a partir de las cuales puede estructurarse la vida humana; se prueba, se valora y se juzga el mundo.

Los rituales son al mismo tiempo estructurados y desestructurados, hay momentos en los que la acción ritual se da en medio de un estricto orden, en otros momentos, este orden se rompe. Irrumpen el caos y la desesperación, precisamente porque ponen de manifiesto el orden social.

Lo estructurante y lo desestructurante, que hemos señalado como características de los ritos, aluden también a una negación y a una afirmación de este grupo social. Del caos se pasa al orden estructurador de la creencia religiosa.

Nos hablan de la vida y la muerte tal como la experimentan los sujetos sociales. Los ritos no son sólo recurrentes en el tiempo, sino secuenciales; actualizan los mitos al evocar de manera periódica hechos importantes en la vida de un pueblo. Los rituales son repetitivos, muchas veces monótonos; una y otra vez se repiten los mismos parlamentos, la misma gestualidad. A pesar de esto, se presentan hechos disruptivos y transgresores que tiñen de vivos colores la gris ritualidad.

Pareciera como si en el "ordenamiento" y el "desordenamiento" de la fiesta se jugaran permanentemente los dos planos rituales fundamentales de los cuales habla Turner: "estructura y *comunitas*". El primer concepto está asociado a lo estructurado, el segundo a lo indiferenciado, no codificado. En otras palabras, este concepto aplicado a la comprensión de un ritual está referido a la relación de los ritualistas que se lleva a cabo sin mediación, cara a cara.

Estos conceptos son herramientas útiles para interpretar las dos grandes maneras de ser de un ritual, que oponen permanentemente el orden al caos, lo estructurado a lo indiferenciado.

Otro dispositivo que se pone en acción durante este ritual, es un importante efecto de socialización que involucra tanto a actores como a espectadores. Este ceremonial es un momento de esta sociedad regional, a través de este evento actualiza conocimientos sobre su propia existencia, hechos históricos y fundantes de la identidad de este pueblo. Permite un conocimiento del tejido social, con todas sus contradicciones tanto de clase como intracase. Es uno de los momentos en que las contradicciones de la sociedad se ponen en escena.

El ritual comunica de manera simbólica la información significativa para los conjuntos sociales involucrados. Los símbolos rituales que sirven para realizar esta comunicación no son todos del mismo rango.

Hemos encontrado en el ritual aquí analizado dos símbolos dominantes; uno de éstos, que consideramos como el elemento más antiguo, es el Cerro de la Estrella, el escenario más importante de la representación de la Pasión de Cristo. Es aquí donde tienen lugar los momentos más significativos del drama de la Pasión. Es un espacio ritual cuya significación histórica tiene para el pueblo de Iztapalapa un valor fundamental, pues ahí tenía lugar en el época prehispánica la ceremonia del Fuego Nuevo. De este rito dependía la continuidad de la vida para los indígenas cada cincuenta y dos años, fecha en la que existía el riesgo de que desapareciera definitivamente el mundo. No es casual que sea éste el lugar donde actualmente, durante la Semana Santa, se conmemore la muerte de Cristo, para asegurar la vida y salud de los habitantes de Iztapalapa en general y de los promeseros en particular. Son dos ceremonias que se anudan en lo profundo de la historia. Ya no son los dioses aztecas los que deciden la vida; hoy es el Dios católico quien a través de la persona de Cristo y con la mediación del Señor de la Cueva les garantiza la continuidad de la misma. En los dos casos señalados, se da la intervención de entidades sobrenaturales para exorcizar la enfermedad y la muerte. Lo que han sido acontecimientos históricos, fundamentales tanto en la historia de Iztapalapa como en la historia de la humanidad, se funden en una unidad simbólica, que se desplaza al ámbito de las relaciones sociales, conformando un vínculo de profunda importancia para la vida de este pueblo; establece no solamente uno de los principios de organización social, sino que además le da a éste densidad y continuidad histórica.⁴ Los símbolos dominantes expresan los aspectos de continuidad y unidad. Otro símbolo dominante es la figura de Cristo. En torno a este personaje gira prácticamente toda la actividad ritual; uno de los aspectos fundamentales de dicho personaje como símbolo está en su "popularidad" por ser el redentor de los pobres. Esto hace que la gran

mayoría de los participantes asistentes sientan una profunda liga afectiva con él. Además, su existencia es el elemento central de la cultura judeo-cristiana; la representación de la Semana Santa en Iztapalapa prioriza los aspectos humanos de Cristo, más que los divinos. Su presencia humana, lo vincula aún más a la propia vida y a los afectos tanto de actores como de espectadores.

El otro símbolo dominante es el Señor de la Cueva, que encarna la unidad cultural de Iztapalapa, la salvación y la resurrección misma; es un elemento central que da fe de la existencia de este pueblo, nos habla de su historia y de aspectos vivos de la tradición.

Se consideran símbolos dominantes aquellos que constituyen valores axiomáticos para las categorías sociales inmersas en una práctica cultural ritual. Desde esta perspectiva estas imágenes adquieren un fuerte contenido que expresa "solidaridad comunitaria", que acentúa la unidad de los sectores implicados en la celebración de la Semana Santa.

En el caso concreto del Cristo, desde el punto de vista ideológico encarna la propuesta arquetípica de lo que es ser "un buen hijo", aquél que obedece al padre aunque en ello se pierda la vida.

El Señor de la Cueva está por encima de la cotidianidad y sus querellas de orden cultural o político, su poder se pone de manifiesto cuando los integrantes de los ocho barrios recurren a él para recibir la protección del Padre. En relación a estos símbolos dominantes, hablaremos de ellos como estructuras rituales mediadoras.

Con el propósito de hacer más comprensibles cuáles son los elementos que conforman el ritual, hemos desglosado y clasificado éstos de la siguiente manera:

<i>Mundo sobrenatural</i>		
<i>Divino</i>	<i>Deidades aztecas</i>	<i>Receptoras de las súplicas por la continuidad de la vida.</i>
	<i>Señor de la Cueva</i>	<i>Receptor de las súplicas por la salud y la sobrevivencia.</i>
<i>Divino/humano</i>	<i>Cristo hijo de Dios</i>	<i>Intermediario entre Dios y los hombres. La participación en la representación de la Pasión asegura la efectividad de su intermediación.</i>

Mundo humano		
Estructura administrativa	Delegación política y comité organizador	Son los encargados de que el ritual se lleve a cabo. Son agentes vehiculizadores.
Agentes rituales	Actores (vírgenes y nazarenos) y espectadores	Propician con este agradecimiento anual la permanencia de la tradición de la Semana Santa de Iztapalapa y la bendición sobre este pueblo desde el ritual como dimensión colectiva.

Los espacios en los cuales entran en acción los agentes rituales son fundamentalmente tres: el Cerro de la Estrella, la casa de los ensayos y la explanada de la Delegación. Los dos primeros corresponden a la zona ritual nuclear, la actividad de la casa de los ensayos es accesoria. Los dos espacios principales tienen una valla dentro de la cual se encuentran los personajes de mayor importancia: autoridades civiles, periodistas, gente del comité organizador, la fuerza pública, etcétera.

El espacio sagrado por excelencia es el Monte Calvario (Cerro de la Estrella). Los actores que van en el recorrido y los otros espacios sagrados (la casa de los ensayos y la explanada) también son portadores de lo sagrado. Fuera de esta zona de privilegio está el pueblo raso, amalgamado, tratando de encontrar "buena ubicación" para observar desde lejos.

La manera de focalizar la atención hacia los epicentros rituales es la siguiente: primero, se establece el encuadre ritual dado por las fechas. Los días de Semana Santa están señalados en el calendario de manera precisa. Segundo, el lugar le da a esta Pasión de Cristo una especificidad aún mayor: Semana Santa en Iztapalapa. Un tercer marco de referencia muy preciso y complementario a los anteriores, estaría dado por los recorridos de las procesiones que son fijos y preestablecidos, lo cual hace de la celebración un evento absolutamente predecible. De hecho la casa de los ensayos y la del presidente de la comisión organizadora funcionan como epicentros de la información. Desde enero los periodistas visitan estos lugares para enterarse de cómo se organizan, cuáles son los preparativos, quiénes son los nuevos personajes, etcétera.

La ventana por la que el actor huye

La fiesta religiosa popular es uno de los espacios de recreación del mexicano de las clases subalternas. Ésta ofrece la posibilidad de comunicarse con las potencias superiores, así como la salida a un cúmulo de tensiones y sentimientos diversos: la agresión violenta, la ironía, el albur, la piedad, la devoción.

Se trata de una inversión de diversos caudales: gastos enormes de orden material y de energía humana, justificados en la medida en que se obtiene prestigio social por el hecho de la participación. Durante el tiempo festivo se transmuta el imaginario colectivo hacia otro tiempo y espacio míticos, donde los actores dejan su identidad real para pasar a ser símbolos y representaciones, como si se transportaran y nos transportaran a una dimensión de ensueño, en la que la vida transcurre a "duermevela".

El disfraz es la ventana por la cual el actor huye de sí mismo en el tiempo (deja a Iztapalapa de hoy y vive a Jerusalén en tiempos de Cristo). En este tiempo todo se comunica, todo se mezcla: personajes de distintas épocas históricas, los santos, los pecadores, la vida, la muerte, Dios y el diablo, lo sobrenatural y lo terreno. Del caos emerge el celebrante para rescatarse de nuevo a sí mismo y a su propio grupo, con el cual comparte motivaciones profundas: raíces históricas, anhelos, esperanza, vida ritual y reconocimiento social. Esta celebración en particular se caracteriza por crear en los participantes una sensación de reencontro con una unidad perdida, que los actores y participantes definen como ese tiempo cuando "estábamos más cerca todos".

La fiesta, al ser un momento que interrumpe la secuencia de una rutina, introduce con esto una época especial. Concentra en poco tiempo una enorme cantidad de personas en un espacio reducido. Es un acontecimiento social que distribuye papeles a actores y espectadores. En muchos de los casos están asociados a un papel provisorio que implica conductas rituales adecuadas para este momento e inadecuadas en otro. Durante este tiempo un empleado de un pequeño comercio, por el "arte de magia" de la representación se transforma en rey o en sumo sacerdote.

Fuera del trabajo, de la práctica económica rutinaria, el trabajo ritual se circunscribe a actividades que sólo tienen lugar una vez al año. Durante estos días, junto con el aumento de la presión demográfica sobre los espacios rituales, hay también un enriquecimiento de relaciones, de afectos que se movilizan, emociones que se condensan en el hecho festivo.

Cuando una sociedad o un segmento de ésta deja su rutina más cotidiana para vivir eventos anuales festivos es porque dichos aconteci-

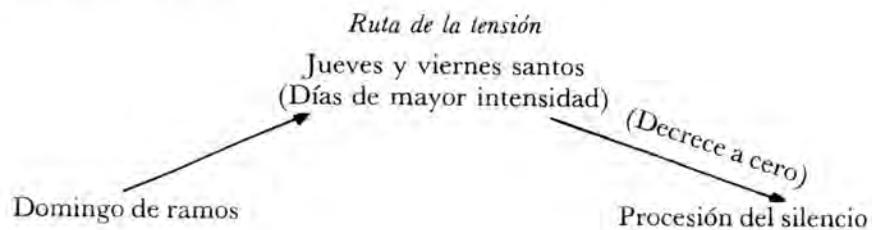
mientos son parte de la propia existencia del cuerpo social. Se trata de un hecho simbólico y significativo susceptible de ser leído y percibido ya que pone de manifiesto el tejido social. Los grupos de participantes nos hablan de tal orden social, especialmente de la existencia de las clases sociales no sólo en cuanto a la diferenciación de personajes (unos son reyes y otros nazarenos o mujeres de pueblo), sino también por la presencia de los representantes de la hegemonía: el delegado político, el jefe de la policía de la ciudad de México, por ejemplo.

Es muy importante el aspecto comunicativo de los ritos. Nos ofrecen la posibilidad condensada de percibir los cambios que han sufrido en el tiempo las relaciones sociales de los grupos que participan. Los ritos se resignifican a través del tiempo, en ellos dejan huella el paso del "tradicionalismo a la modernidad". Para que el rito como evento comunicativo sea eficaz, debe ser rutinizado, repetitivo, redundante. Por esto su mensaje debe ser claro, no sólo para aquéllos que lo emiten, sino para quienes lo reciben.

La comprensión de los hechos exige una codificación muy precisa de los acontecimientos que se narran, del drama representado, de la actualización del mito. Estas estructuras recurrentes de los ritos son reveladoras de la manera de ser del orden social e individual de los participantes, lo colectivo y lo individual como categorías que juegan permanentemente. Los hechos significativos tienen que ver con las formas de valoración y de concepción del mundo propio de estos conjuntos sociales. Por esto, el ritual es altamente contradictorio. Los espacios considerados tradicionalmente como "sagrados" y "profanos" no están escindidos, sino profundamente imbricados. Sólo así podemos explicarnos sus aspectos de orden y caos, de formalidad e informalidad, de solidaridad y diferenciación, devoción al orden establecido y movimiento espontáneo.

La naturaleza polisémica y ambivalente del proceso ritual de Semana Santa no constituye una contradicción antagónica, ya que se resuelve en la propia dinámica de la celebración.

Este ritual está conformado por fases y secuencias, tal como Turner lo consideró. Gráficamente podemos decir que la tensión va de menor a mayor y baja nuevamente de la siguiente manera:



La secuencia ritual se inicia con un tono emocional que va creciendo y va llevando al público al clímax de la misma, para luego descender vertiginosamente, al término de la crucifixión de Cristo. Los participantes y los espectadores quedan sumergidos en un profundo cansancio, que muchos de los entrevistados asociaron con gran tristeza por la muerte de Cristo; para otros el cansancio está acompañado de un gran alivio al haber podido liberar la tensión plenamente.

Una serpiente coronada de flores

Las procesiones son el otro espacio que nos habla de una sociedad altamente diferenciada. Éstas consisten en grupos de ritualistas que se organizan en hilera y en orden jerárquico. Van de un santuario a otro, de la casa de los ensayos a los escenarios rituales, o de la casa de los mayores a los santuarios, generalmente enmarcando un espacio sagrado, van acompañadas de música. Son ocasiones únicas en las que se ve a hombres y mujeres desplazarse en fila india; en ellas se reza y se canta, es una manera de dar testimonio de fe. La ruta procesional es circular e incluye todo un aparato de penitencia y sacrificio.

El hecho de que la mayor afluencia de personas en general, y de nazarenos en particular, sea el Viernes santo y no el Domingo de ramos, también nos habla de la gran importancia de la esfera penitencial en esta celebración.

La participación durante el jueves y el viernes santos se da con el objeto de ir hacia una meta, hacia un fin. Se trata de ir hacia la divinidad que escuchará los ruegos y apreciará el sacrificio.

Las procesiones son rituales que implican y muestran una manera del ser religioso, por parte de los espectadores de la misma, y al mismo tiempo son especies de rutas establecidas para obtener gracias y dones de la divinidad.

En las procesiones se da, se recibe y se trasladan imágenes sagradas de modo simbólico. Si uno pregunta a cualquiera de los penitentes el significado de la misma, las respuestas aluden a las tradiciones del pueblo, no a explicaciones de orden teológico. Se habla de una participación con el objeto de continuar con una promesa individual y colectiva.

La toma del espacio cuando hablamos de una procesión o recorrido es horizontal. Las procesiones también establecen límites al corazón de Iztapalapa, puesto que lo que se considera ampliación de esta zona no está incluida en los recorridos.

Es interesante destacar cómo, a pesar de la intencionalidad religiosa, las procesiones adquieren un carácter marcial dado por la presencia de soldados romanos y reyes, a los que llaman "tiras" (policías). Por mo-

mentos, se confunde con un desfile de tropas para la gente, en una asociación muy obvia. El otro segmento social que aparece es el que conforman Cristo, los apóstoles y los nazarenos, que representan al pueblo. Estos últimos son los penitentes de todas las edades: desde niños de cinco años hasta hombres de cincuenta; suman alrededor de tres mil personas. Los "pagadores de promesas" no vienen de afuera, todos son de Iztapalapa, son personas que por una manda propia o de sus familiares, deciden salir como nazarenos acompañando a Cristo.

Lo fundamental de las procesiones es su escalonamiento; nos hablan de manera clara de una gradación en la estructura social. En primer lugar van los personajes principales, y después los secundarios (véase el orden de las procesiones en láms. 1, 2 y 3). Estas especies de desfiles religiosos son de origen colonial. Las cronistas hicieron referencia a las procesiones destacando su gran solemnidad:

Y cuando tienen falta de agua, ó enfermedad, ó por cualquiera otra necesidad, con sus cruces y lumbres se van de una Iglesia a otra disciplinando; pero la del Jueves Santo es muy de ver aquí en México, la de los Españoles á una parte y la de los indios á otra, que son innumerables: en una parte son cinco ó seis mil, y en otra diez y doce mil, y al parecer de Españoles en Tetzoco y en Tlaxcallan parecen quince ó veinte mil; aunque la gente puesta en procesión parece más de lo que es [...] su procesión y disciplina es de mucho ejemplo y edificación á los Españoles que se hayan presentes, tanto que ó se disciplinan con ellos, [...] y muchos Españoles he visto llorando, y todos ellos van cantando el Pater noster y Ave María, Credo y Salve Regina, que muchos de ellos por todas partes lo saben cantar (Motolinia 1984:55-56)

Las procesiones de los días santos tienen un alto contenido simbólico si observamos que recorren los ocho barrios que conforman el pueblo de Iztapalapa: simbolizan la búsqueda cíclica de integración del pueblo. Estas procesiones o recorridos requieren de la presencia masiva de los guardianes del orden pues la afluencia multitudinaria de espectadores tiende a dislocar la estructura de la misma, cuando la enorme masa de asistentes se mezcla con los actores y nazarenos. Los miembros de la comisión organizadora tienen que combinar sus trabajos de actuación con los de vigilancia. También los soldados romanos ayudan a controlar al público.

La simetría de la procesión se mantiene con vallas de madera que marcan los límites por los que ésta debe transitar.

El proceso de secularización ha hecho más rigurosos los procedimientos de control de las manifestaciones religiosas que tienen lugar en el espacio urbano. La comisión tiene que acordar con la Delegación la

suspensión del tráfico a determinadas horas del jueves y viernes santos para que las procesiones crucen los ejes viales.

Los organizadores crearon para estos fines un cuerpo especial de vigilancia, que colabora con la Delegación. La comisión organizadora es una instancia mediadora entre la recordación de la Pasión como hecho religioso, la manifestación popular y la presencia masiva del Estado, en el proceso de secularización creciente. El hecho de que haya un comité organizador también constata la presencia de un importante grupo corporativo, verdadero mecanismo de diferenciación social, si consideramos que la membresía a este grupo está asegurada a través de la herencia (sobre su estructura organizativa hablaremos más adelante en detalle).

Todo comienza en enero.

El lugar de los ensayos es una gran casa que tiene habilitado un patio central, donde se reúnen los aspirantes a personajes, los integrantes del comité, Don Pedro y los miembros de su familia.⁵ Estos últimos no son espectadores muy atentos de lo que acontece, pues ya están acostumbrados a ver su hogar invadido por actores y curiosos, todos los años.

Desde enero esta casa abre sus puertas, el límite entre la casa y la calle queda borrado, lo público y lo privado se amalgaman y convierten a este lugar en su espacio ritual abierto.

La familia pierde su privacidad. La intimidad de las relaciones afectivas entra en suspenso, debido a los servicios rituales que aquí se prestan. De enero hasta abril pasa a ser un recinto sagrado de carácter público.

La disposición de la casa consta de un enorme patio central, enmarcado con hileras de bancos que cumplen la función de una gradería para las muchachas o muchachos aspirantes.

Hay dos estancias principales, una de ellas es la sala, en cuyo centro está el altar de la Virgen de los Remedios. A este altar entran a orar algunos visitantes o vecinos, también hacen penitencia los actores. Hay sillones y sofás junto a las paredes, que se encuentran tapizadas de fotos de la familia. Destaca una de ellas en la que aparece el dueño de la casa, su padre (ex-delegado de Iztapalapa), junto al ex-presidente López Mateos. Ahí también se realizan reuniones del comité organizador y es el lugar donde se reciben visitas. La otra estancia importante es la cocina-comedor, donde hay una actividad febril a todas horas del día, debido a lo numeroso de la familia y de los invitados. Siempre hay un taco para compartir con los amigos. A este lugar sólo se puede acceder por invitación de los dueños de la casa. [Durante los ensayos se reúnen a tomarse sus tragos]. En el extremo derecho de la casa están el lavadero y el baño.

En la parte posterior están los cuartos, uno al lado del otro y una azotea cubierta con un toldo. Esta última se usa como comedor en "ocasiones especiales". Es una casa de estilo rural, de acuerdo a los patrones de construcción que se usan en la mayor parte de Iztapalapa, una de cuyas características principales es que para ir de un lugar a otro hay que cruzar el patio.

La celebración de Semana Santa comienza formalmente el Domingo de Ramos, continúa el Jueves santo y termina el Viernes santo. No se conmemora la Resurrección desde que hubo una modificación litúrgica que cambió el Sábado de Gloria por Sábado Santo. Los ensayos de la representación, junto con la selección de los participantes, comienzan la segunda semana de enero, tienen lugar cada domingo, en enero y febrero. En estos dos meses se incrementan hasta tres veces por semana los ensayos, cuando se acerca la Semana Santa. Toda actividad es coordinada por la comisión organizadora, junto con algunos miembros honorarios que son ayudantes voluntarios.

El Concilio

La organización de esta celebración está en manos de dos o tres familias con una escala jerárquica real, no sólo porque ellos encarnan algunos papeles principales, sino también porque tienen el control sobre la distribución del resto de los papeles. La noción de descendencia tiene para los de Iztapalapa la mayor importancia, en tanto han hecho depositarios a los miembros de esta familia de esta tradición. Descender de esta familia implica un compromiso y una identificación directa con la Semana Santa para cada uno de sus miembros. Como si el origen, la genealogía, implicara también descendencia espiritual y cultural. Los periodistas basan sus crónicas en la información que esta familia les proporciona, en la medida en que son considerados los principales informantes.

La estructura del comité organizador o concilio, es la siguiente:



Está conformado por un presidente, un secretario, un tesorero y los encargados de los distintos grupos de actores que participan. Son tres grupos: el de las señoritas, vírgenes, profetisas y mujeres del pueblo; otro es el de Cristo y los apóstoles y por último un tercer grupo es el de los nazarenos. Las reuniones organizativas de la comisión organizadora comienzan desde el mes de diciembre y en la medida en que la celebración se acerca, empiezan a reunirse con la Delegación para puntualizar lo que será la cooperación de esta última. También se reúnen con las autoridades eclesiásticas y se hacen las visitas a los distintos comercios para recibir las cuotas de apoyo, que son voluntarias; participan los comerciantes e incluso los locatarios de los dos mercados de Iztapalapa, y según lo que dicen los miembros del comité son los que más dinero aportan. La información sobre lo recolectado es confidencial. Se oyen continuamente comentarios suspicaces, pues la gente piensa que es fuente de acumulación, de corrupción y de tráfico de influencias. Los cargos del concilio se heredan de padres a hijos. Es una especie de obligación ritual familiar, que ofrece posibilidades de obtener prestigio y reconocimiento. La celebración de Iztapalapa está asociada a dos o tres apellidos de las familias del comité que son los que manejan la información que se da a los medios de comunicación. La fama de la celebración en el imaginario popular se desplaza al ámbito nacional e internacional y ésta es una motivación-compensación fuerte para la realización del trabajo ritual. En el comité convergen lo religioso y lo político, es una instancia mediadora entre las manifestaciones populares que tienden a desbordar el orden que debe guardar la estructura social y la Delegación. Esta última, como representante de Estado, capta al comité y regula el orden de la festividad indirectamente. Este proceso de subsunción creciente de las manifestaciones populares, por la vía de incidir en la organización, nos habla de la manera muy particular de estructurar las relaciones sociales en este espacio.

En esta comisión no hay una injerencia directa por parte de la Iglesia. Sólo en contadas ocasiones el obispo ha solicitado la entrega de los parlamentos que se utilizan para su revisión. En ciertas ocasiones algunos párrocos de Iztapalapa han hecho sugerencia sobre cómo poner en escena de la mejor manera la Pasión de Cristo.⁶ La actitud predominante de la Iglesia es la distancia displicente, desde el lugar que les otorga el ser los depositarios de la "verdadera" liturgia. El comité organizador es el que tiene a su cargo establecer el orden de los festejos: controlar la presencia de periodistas y demás visitantes especiales, conseguir la infraestructura (escenarios) y coordinar el enorme movimiento de los actores de un escenario a otro. Los grupos de ritualistas religiosos y los dirigentes alternan el discurso de solidaridad que se hace explícito, con un per-

manente estado de inadecuación, frente a sus intereses personales, de apropiación del espacio ritual en beneficio propio.

En la celebración que nos ocupa, el proceso de hegemonización, con su consecuente secularización, hace que la lucha por los lugares destacados dentro de la comisión dependa mucho más del trabajo político que de la habilidad devocional de los candidatos.

En esta estructura organizativa se destacan dos aspectos: una parte de sus miembros tiene a su cargo el manejo burocrático-político de las relaciones con el Estado, y otra, la parte más religiosa del propio evento.

La composición del comité organizador es patriarcal, está conformado exclusivamente por hombres; dentro de la organización están en posición de superioridad respecto al orden político y social, no participan mujeres más que en funciones de apoyo y servicios. Las ventajas de su funcionamiento radican en el reducido número de sus miembros, donde el "secreto" juega un papel primordial. El poder se centraliza en un número limitado de cargos; como en el manejo de las finanzas, no es posible enterarse de las cantidades que se manejan como presupuesto ni cómo se distribuyen. Como cualquier forma de dominación que persiga la continuidad, cuenta con un grupo de interesados colaboradores cuya sujeción se basa fundamentalmente en la participación en el mando y en el ejercicio del poder coactivo encaminado al mantenimiento de la dominación.

La existencia de esta comisión, como principio organizativo, es muy importante para el mantenimiento del ritual, ya que se trata de una conmemoración multitudinaria que es polo de atracción de los habitantes del Distrito Federal y de otras partes de la república. Se concentran aquí personas con intereses religiosos y comerciales; los dueños de la feria se instalan de manera paralela a los espacios de concentración ritual, rodean la explanada de la Delegación y se ubican a lo largo del camino, hacia el Calvario (Cerro de la Estrella).

Esta celebración es tan importante en la ciudad de México que en esos días la prensa, la radio y la televisión se ocupan de reseñarla. Durante los ensayos es frecuente que periodistas de los distintos diarios traten de entrevistar a los personajes principales. En la propia Semana Santa, mucha gente que no asiste sigue el ritual desde la televisión, la radio o la prensa. Esta última en estas fechas publica separatas especiales o publicaciones dedicadas por completo a este acontecimiento; es el caso de *Revista de Revistas* y *La Prensa*. Los centros de información acerca de los detalles de la representación son la casa de los ensayos y la casa del presidente de la comisión organizadora, éstas son permanentemente visitadas por periodistas y curiosos. Frente a ellos en general, el comité y los involucrados en la representación exaltan los valores tradicionales y hacen hincapié en que Iztapalapa es un pueblo y que por esta razón con-

serva las tradiciones y la Semana Santa es el mejor de los ejemplos. Perseguir los siguientes objetivos:

1. Preservar la unidad de aquéllos que están interesados en perpetuar la tradición.
2. Negociar los conflictos entre sus miembros para que la organización no se disuelva.
3. Preservar esta tradición como algo que les pertenece, que los identifica. Cabe mencionar aquí que son muy celosos con el contenido de los parlamentos. Si alguien se interesa por conocer estos textos, se imaginan que quieren robárselos, para montar una Semana Santa en otro lugar.
4. Mediar entre la Delegación y la Iglesia, para combinar las actividades de los días santos.
5. Buscan obtener la cooperación del sector comercial de Iztapalapa, que se materializa en cuotas que se recolectan durante los ensayos del último mes previo a la Semana Santa. Con este dinero se paga la banda y el resto de gastos que la fiesta implica.

Una de las preocupaciones fundamentales de este comité es que los actores vivan conforme a principios preestablecidos. Hay entre los miembros un fuerte *ethos* de sociedad masculina, el lugar de las mujeres en la organización es inexistente y su participación ocupa un lugar subordinado.

Los del comité tienen como principio el cuidado del comportamiento y el estilo de vida de los actores, que deben dejar las fiestas y entretenimientos hasta que la celebración culmine.

El intento de ejercer un mayor control sobre la fiesta, por parte de las autoridades políticas, es similar al control que se ejerce sobre toda clase de manifestaciones populares. Se observa claramente que el Estado practica los mismos modelos de gestión autoritaria que emplea con ocasión de manifestaciones políticas e incluso en eventos de carácter religioso-festivo. Es más ostensible su presencia en las áreas de mayor densidad ritual, fuertemente acordonadas por las fuerzas de seguridad. La función básica de estos grupos es impedir el acceso al público, que pugna por desbordar la gradería e invadir los escenarios. El paso libre a todas las áreas y las mayores facilidades se dan a aquéllos que portan un carnet de prensa o un gafete de invitados especiales. Éstos, generalmente, se agotan con varios días de anticipación, ya que mucha gente se las ingenia de una u otra manera para obtenerlos.

Los gafetes de periodistas los reparte la Delegación. Cita a todos en el Zócalo, los registra y les proporciona el transporte necesario donde van concentrados hacia Iztapalapa. Este carro rompe la simetría de las procesiones, se desplaza al centro del Cerro de la Estrella y recorre la explanada, aun antes de que los acontecimientos ocurran. En la representación hay diferentes señales de diferenciación: la más evidente es el

vestuario, que diferencia al público de los actores; el uniforme, que diferencia a las fuerzas del orden; los del comité, que se distinguen por el distintivo que portan en el brazo; los periodistas, que se identifican con un gafete y cuyos instrumentos son ostensibles: cámaras de TV, de fotografía, micrófonos; los músicos, que cargan sus instrumentos cuando están en movimiento, o los tienen junto a ellos cuando en grupo esperan su turno.

Ensayo 1. La selección de personajes

Comienza el proceso de selección de las vírgenes: van llegando... y es notorio que todas vienen con su mejor ropa. El uso de tacones altísimos da la impresión de que en cualquier momento van a irse de boca, en un intento por crecer a como dé lugar. Las aspirantes a los papeles principales llevan cadenas y pulseras de oro y en conjunto, parece que van dispuestas a competir en un certamen de belleza. En sus rostros se dibuja su mejor sonrisa, lanzada sugerentemente a los señores del concilio. El criterio inicial de selección de los jurados calificadoros es la estatura, de un plumazo van descartando a las chaparras. Ellas sonríen todo el tiempo y posan nerviosamente frente al público. Luego les entregan el parlamento que tienen que leer, es la prueba de fuego en actuación. Posteriormente el comité hace la primera ronda de deliberaciones con el objeto de otorgar los papeles principales.

Alterando el procedimiento tradicional, por encontrarnos en el lugar, decidieron "democratizar" la elección y hacer partícipes a las propias concursantes, a las que se exhortaba a manifestar su opinión libremente. El hecho resultaba absurdo, puesto que dentro del público se encontraban aquellas que habían sido descalificadas en un principio, y cuya inconformidad era obvia. Los del comité querían salvar su responsabilidad y dejar muy en claro que en este concurso no había ningún tipo de favoritismo, que todo era transparente y sobre todo, "democrático". Cuando tocó la elección de Rebeca, las aspirantes comentaron que sería elegida la misma de otros años por tratarse de una pariente de uno de los organizadores. Para el papel de la Virgen María se obvió la elección por ser sobrina del presidente del comité y la misma de dos años anteriores. A pesar de todo, hubo abiertas manifestaciones de descontento. Se les reclamó a los del concilio que no se fijaban en el uso de tacones altos para ocultar su verdadera estatura, a lo que respondieron que no se molestaran pues si no alcanzaban parlamento saldrían como mujeres del pueblo (que van en calidad de acompañantes) y que de todas maneras tomaran en consideración que estaban participando de un espectáculo de fama mundial. Mientras tenía lugar esta selección, la gente del públi-

co comentaba que desempeñar un papel importante dentro de esta celebración es muy significativo para la persona escogida, porque no sólo es un orgullo personal, sino un reconocimiento que rebasa las fronteras de Iztapalapa.

La molestia de las muchachas se manifestaba con cuchicheos que recorrían las cuatro paredes del recinto. De pronto una de ellas estalló en llanto y se aproximó hacia la mesa del jurado arguyendo que le parecía muy injusto no haber sido elegida como una de las acompañantes de la Virgen María; se le respondió que se trataba de una selección para treinta y dos papeles principales y que no podía dársele gusto a todo el mundo.

El diablo, como corresponde, es un personaje sonriente y dicharachero; expresó que la festividad está tan ligada a la vida del pueblo, que el comité se informa de todo, y que si una muchacha ha andado pecando ("se ha ido con un chavo", por ejemplo), seguro que la información llega al comité, que tiene quién se lo diga y a ella se le niega la oportunidad de ingresar al "cuadro".

Cuando salieron a escena las candidatas a representar papeles secundarios, los tacones bajaron, las pulseras de oro fueron reemplazadas por *goomies*, los trajes ya no fueron de *Vanity*, sino sudaderas con estampados de *Mickey Mouse*, y el pelo liso y llanamente sin arreglo, ya que no es tan necesario agradar.

En la radio, que se escuchaba con gran volumen, desde la azotea del segundo piso, la música de Santana acallaba el inconforme murmullo.

Entraron a la casa de los ensayos un grupo de aspirantes a ser apóstoles, también con el propósito de agradar y algunos de asegurar su participación por un año más.

Se especulaba en corrillo, se decía que este año la representación iba a estar más concurrida que años anteriores, que habría más oportunidad de lucirse, y esto no por un fervor popular, sino por la crisis. Como los "defeños" ya no tienen dinero para ir a las playas de vacaciones, entonces van a venir a Iztapalapa.

Ensayo 2

Fue una fecha esperada con mucha ansiedad, la tensión era aún mayor, porque este día serían elegidos Cristo y los apóstoles, que desde hacía quince días se venían inscribiendo como aspirantes. Además, en esta oportunidad, ensayarían por primera vez las llamadas "santas mujeres" o "mujeres del pueblo".

Se comentó que en este año se habían inscrito muchos "muy bajitos y además morenos", por lo cual, no había de donde escoger. Como

corresponde al teatro popular, los personajes se buscan siempre lo más apegados al original en cuanto a la fisonomía. Los del concilio hicieron una primera ronda y seleccionaron a tres de los más altos, uno de los cuales había participado antes, los otros dos era la primera vez que lo hacían. Mientras esto ocurría, Barrabás exhibía unas lustrosas botas vaqueras, ropa muy ajustada y pecho al descubierto con muchas cadenas de oro y una enorme medalla en relieve, pulseras y reloj de oro. De los tres aspirantes al papel de Cristo, fue escogido el que hizo de San Juan en años anteriores. Cuando se intentó continuar con el procedimiento "democrático" seguido en la elección de las vírgenes, un miembro del comité se opuso diciendo que no era correcto porque cada aspirante podía traer su "porra" y de esta manera asegurar su elección. Se dejó a un lado este sistema. Continuaron con las pruebas de actuación, donde lo más importante era, tanto para el público como para el jurado, la impostación de la voz y el timbre sonoro. El presidente del comité nos explicaba que convocar a los muchachos es algo que se hace desde hace quince años, porque antes en el concilio pensaban en una persona que pudiera desempeñar el papel, lo buscaban y le hacían la propuesta del personaje. Cuando esa persona venía a la casa de los ensayos, ya traía a su personaje "adentro" y sólo se acercaba a pedir los parlamentos. Mencionaba que ésta era una celebración surgida de la propia Iglesia, porque se inició con imágenes en el atrio de la misma, pero poco a poco se le fue ocurriendo a la gente del pueblo hacerla en la vía pública. En ese momento, la Delegación tuvo que intervenir para dar los permisos. Además, con el tiempo se fueron interesando en darle más apoyo a la celebración, cuando se dieron cuenta de que ésta ofrecía la oportunidad de atraer "turismo hacia Iztapalapa". Los parlamentos se toman básicamente del libro *El mártir del Gólgota*, del autor español Enrique E. Pérez Escrich, quien a su vez, tomó como base los evangelios apócrifos. Este hecho es sumamente interesante ya que la piedad popular busca las fuentes apócrifas para nutrirse, pues son más acordes a su manera de sentir. Ésta sería una de las matrices populares de esta celebración.

Ensayo 3

Es un caluroso día, nos desplazamos por Río Churubusco; cualquiera podría pensar que se trata de un paseo refrescante a juzgar por el nombre de esta avenida, pero no; es simplemente una denominación que alude al viejo río que hoy se encuentra cubierto de concreto. La ciudad tiene esas contradicciones insólitas. Hay en ella un bosque que se llama Desierto de los Leones, que ni es desierto ni mucho menos tiene leones. También está la colonia Florida, desprovista totalmente de flores,

salvo en los jardines interiores de las casas. Todo esto es una realidad que forma parte de lo paradójico del fenómeno urbano, en el que están sepultadas bajo tierra las voces de otros tiempos más rurales.

Entramos en la calzada Rojo Gómez, empezamos a abrirnos paso entre las nubes de polvo y nuestra mirada tropieza con el Cerro de la Estrella, que de iridiscente o luminoso no tiene nada. La luz que pudo haber tenido quedó encerrada bajo el alud del tiempo, que desdibuja la memoria. Doblamos a la derecha y llegamos al corazón de Iztapalapa. Buscamos en todos los callejones la ruta de los aztecas, nos abrimos paso entre los observadores casuales y parroquianos que "cotorrean el punto", hemos llegado a la casa de los ensayos. Cristo practica las tres caídas. Lo fustigan: cae una y otra vez durante toda la tarde. Se levanta acezante y maldice a Samuel Beliber, el judío errante, bajo el sol canicular de las dos de la tarde. Las santas mujeres son conminadas a llorar a gritos. Sin embargo, la situación provoca gran hilaridad, el grito de muchas de ellas se transforma en carcajada involuntaria.

También se canta en los ensayos. Observamos que la letra de todas las canciones es conocida por el público. Los observadores se muestran temerosos frente a las estrepitosas caídas de Cristo, que ponen en tensión a todo el mundo; su cuerpo se golpea rudamente cada vez que cae. El clamor del público va pulsando una a una las tensiones y nudos emocionales que se atan y desatan a lo largo de este ensayo, uno de los más difíciles. El ensayo culmina con Cristo medio muerto, llevado en brazos, jadeante y fatigado de caer y recaer. Pasan corriendo frente a nosotros los ladrones, Dimas y Gestas, que cierran la actuación con un chiste: "cuide su bolsa señorita, que aquí vamos los ladrones". En los ensayos predomina la forma de lo desestructurado, la relación sin mediación de los actores sociales; es pues *comunitas* y no "estructura" lo que predomina en este aspecto de la ritualidad.

Domingo de Carnaval

Hoy hay ensayo. No obstante, algo ocurre, algo juguetea en el ambiente. La asistencia de los actores es irregular. Se divierten escuchando en una grabadora la estridencia de "los tres cantos del gallo" (aquel que recordó a Pedro las tres veces que éste negara a Cristo). Lo escuchan una y otra vez. Pedro niega a Cristo durante toda la tarde, quien hoy viste sus *pants*, y se prepara para dirigir el ensayo de la última cena, pues el encargado no ha llegado todavía. Los apóstoles en cambio, llevan su ropa dominguera, que los hace más formales y atildaditos.

Lo primero que se les exige es el engolamiento de la voz, pues en esta forma de teatro popular religioso predomina la valoración de la voz.

Aquí no intervienen ni la gestualidad, ni la expresión corporal, por eso actúan con micrófonos en la mano. La preocupación fundamental de todos es ser oídos por el público, que en los días de Semana Santa se agolpa por millones, provocando un ruido ensordecedor, y se debe cuidar que los parlamentos no se ahoguen y se pierdan. Uno de los actores se opone argumentando que esta manera de hablar es sencillamente ridícula y dice para todos: "creo que hay que ser más naturales, no hay que sobreactuar". Cristo lo contradice: "¡tú no tienes experiencia!, a la mera hora si no gritas no se oye", y da la orden de engolar la voz de manera uniforme, pero bien fuerte para que se escuche.

Jesucristo deja a los apóstoles. El ensayo prosigue, él pasa a otra escena que tiene lugar en el Huerto de los Olivos. Allí dialoga con el Trébol de Judea que es una pequeña y lánguida niña que lo mira en actitud desfalleciente, casi marchita. Ella dice: "soy la planta más débil y humilde de las plantas de Israel", Cristo le responde con una mirada dulce que el Trébol agradece desde su pequeñez arrodillada.

El acto se interrumpe bruscamente. La música de la banda se escucha cada vez más cerca, el sobresalto musical rompe la monótona ritualidad que nos envuelve, nos asomamos para ver la algarabía popular colgada de la tarde. Las voces que salen al encuentro de la música nos informan que hoy es Domingo de Carnaval.

Nos arrastra un caudal de gente que desemboca en un mar de música y danza, desplazándose por las calles "a pasito conchero". Al grupo lo llaman cuadrilla en lugar de comparsa, lo que es hasta cierto punto lógico, porque así se le llama a los grupos de trabajo obrero.

En la cuadrilla están el cura, el conquistador, el diablo, el caballero tigre, el caballero águila, "Pique" (la mascota del campeonato mundial de fútbol), "Blue Demon" (el famoso luchador mexicano), la mujer maravilla, la muerte, el negro Durazo; interactúan, alborean, bailan y juegan personajes de todas las épocas históricas. Se trata de una puesta en escena de la cultura popular: distintas concepciones del mundo se dan cita para tejerse, yuxtaponerse en una práctica cultural.

El remoto origen prehispánico de esta forma incipiente de teatro está presente en el uso de las máscaras. Al ver la representación evocamos inmediatamente los "mitotes" prehispánicos. Ambas manifestaciones son de estructura similar, la comicidad es el centro de estas representaciones. En el transcurso del tiempo se han incorporado elementos contemporáneos al imaginario popular; este largo proceso de resignificación se puede ver concretamente en la factura de las máscaras. El caballero tigre porta su tradicional máscara de madera, la del conquistador es de ixtle y de cera, el resto son las conocidas caretas de plástico. Sin embargo, el simbolismo más profundo de éstas sigue siendo el mismo. La máscara también es una forma de negación de la identidad, de la coincidencia consigo

mismo, del desafío a las leyes naturales. En su aspecto más lúdico, expresa siempre una caricatura de la existencia en su forma más grotesca.

A los integrantes de las cuadrillas se les llama "guasones", su oficio es hacer reír. El hecho a partir del cual gira la comicidad es el travestismo, todos los actores son hombres, pero la mitad se viste de mujeres. En la época prehispánica los guasones eran cojos, sordos y desvalidos, que imploraban ante la divinidad para obtener bienestar y salud. La forma como se expresaban estas súplicas era de manera socarrona.

Lunes del ahorcado

En el corazón del pueblo de Iztapalapa, en la calle de Lerdo, a las ocho de la noche, los parroquianos empiezan a congregarse para presenciar la muerte del "Palegante" (nadie supo explicar lo que significa el nombre), personaje central de este drama; la cuadrilla o comparsa está formada por él y sus acompañantes. Desde el día anterior aparece como uno más de los danzantes que recorren las calles del pueblo. Se trata de un obrero, que viste de overol y hoy lunes será sentenciado a muerte en la horca. El argumento central es el juicio en el que se le acusa de robo.

Con dos camiones de redilas, unidos por la parte de atrás, se construye el escenario donde se llevará a cabo el juicio.

El escenario es muy simple: una mesa, unas sillas y focos que se cuelgan de los alambres de la luz que cruzan la calle. Ahí se instala un conjunto de música tropical, el danzón es la música de fondo durante toda la representación.

En este juicio, el público hace las veces del jurado de conciencia. La mujer del Palegante desde el día anterior va en la comparsa vestida de luto, bailando y llorando. Pide a todos los del jurado que tengan clemencia con su marido, reconoce que él sí ha robado, pero lo ha hecho por necesidad, para darles de comer a sus hijos. Aunque el tema de esta obra es a todas luces dramático, se le da tratamiento de farsa. Los argumentos están llenos de humor, de desplantes, de burla a las autoridades y cuestionamiento a los ricos del pueblo.

Se dan paralelamente, el horror y la hilaridad, en la obra se entretienen estos dos temas. No hay una separación tajante entre actores y espectadores, la particularidad del rito consiste en que no se asiste a mirar sino a actuar.

Suena la música y el manojito de danzantes se desnuda en una maravillosa estrella rítmica, desde cuyos extremos se arman las parejas más insólitas: Pique baila con la mujer maravilla, la viuda del Palegante con Blue Demon, mientras la muerte y el caballero tigre se trenzan en cálido

danzón. Blue Demon es un bailarín muy diestro, por eso desde el público se escuchan voces que le piden: "échate otro danzón Blue, que sea *Nereidas*", y así se deslizan del danzón al jarabe tapatío. Los bailarines aparecen invitando con todo su cuerpo a presenciar la representación. Los techos de las casas, las azoteas y las ventanas se van llenando de mirrones de todas las edades.

El cuerpo, la sexualidad, tienen un lugar central en esta representación. Se destacan el principio material y corporal de manera colectiva. Ésta no es una puesta en escena teatral propiamente dicha, sería más atinado decir que se trata de la propia vida subalterna puesta lúdicamente en escena.

El Palegante asume su defensa. Le muestran las pruebas del delito (huevos, longaniza, carne, etcétera), pero él argumenta explicando al público que sólo ha robado comida para llevársela a sus hijos.

Su defensa acaba siendo inútil, con la presión ejercida por el jurado de conciencia —público— para que se le aplique la pena de muerte, el juez pide que se le ahorque.

En medio del aparente caos en cuanto a la dramatización de esta fiesta, puede hacerse una lectura que da luz en varias direcciones: 1. Se dramatiza el conflicto étnico. Conquistadores y conquistados aparecen en escena. 2. El conflicto de clases y la injusta impartición de justicia en el orden burgués. 3. El conflicto del cruzamiento entre la cultura étnica y regional por la cultura de masas.

De flores y palmas

La casa de los ensayos es un enjambre de actores, espectadores, caballos, palmas y bullicio; todos se preparan para la escena: es Domingo de ramos. Esta situación, igual que el montaje de una obra de teatro, tiene todas las características de lo que Van Gennep llama "márgenes de un ritual", todos esos preliminares a la celebración, durante los cuales se hacen preparativos. Es exactamente lo mismo que sucede entre bambalinas en un teatro, cuando antes de salir a escena los actores se preparan; pero en la casa de los ensayos se hacen públicamente estos preliminares, que de por sí, ya constituyen parte importante del espectáculo.

Los penitentes desfilan lentamente por la calle de Aztecas, van custodiados por las fuerzas del orden ceremonial (los soldados romanos). Su aspecto es jubiloso, hoy no llevan cruces, sino palmas anudadas a hierbas aromáticas. En sus túnicas moradas llevan como aditamento una banda que va desde los hombros hasta la cintura, de color blanco y bordada en punto de cruz; las cruces, cristos, cálices, y en general objetos alusivos a la celebración de Semana Santa, aparecen dibujados en sus

bandas. Van en la procesión vírgenes del pueblo con túnicas color pastel y la cabeza coronada de flores de vivos colores. Son 183 mujeres del pueblo y 510 nazarenos este día. La procesión va precedida por el ángel y un niño romano. Se escucha la música de la banda, donde el clarín es lo que más destaca y esa especie de "música de alas" que todos producen cuando agitan las palmas, acompañando la expresión generalizada de la gente: "¡viene el angelito!". El recorrido se hace por la calle de Aztecas, de ahí a Mariano Escobedo y Ayuntamiento, y mientras se desplazan van diciendo:

De flores y palmas
sembremos el suelo,
tejamos coronas
de mirto y laurel
hoy que abren gozosas
las puertas del cielo
al Dios de Israel...

Las campanas se escuchan a vuelo, la música de palmas y el sonar de clarines, recorren alegres el camino señalado. Las casas y las calles se llenan de flores rosa y blanco. La procesión serpentea lenta hasta el callejón del patio en cuya entrada se encuentra una gran portada de flores. Otros personajes singulares van en el acompañamiento, las profetisas; tienen todo el estilo de las bastoneras que participan en las justas deportivas; sus bastones son de color café, dorado, rojo y amarillo. El recorrido es de vueltas pequeñas, recovecos y atajos que nos hacen cruzar una pequeñísima feria pueblerina y llegar a la cerrada de San José, cuya iglesia nos recibe con un colorido portal que tiene una inscripción que dice "San José danos la paz". Las profetisas van adelante, después algunos nazarenos, vírgenes del pueblo acompañando a la Virgen y junto a estas últimas la Magdalena, vestida y adornada de bisutería que destella con la luz del sol, iluminando la sonrisa que dirige a un par de niños asomados a la ventana, disfrazados de romanos, en cuyos cascos se dibuja la bandera mexicana. Ponen de manifiesto claramente que esta celebración también es política.

La procesión es una serpiente humana coronada de flores, que se comprime en las calles más angostas y se ensancha en la avenida, sin parar de fluir. Ahí las palmas se agolpan y esperamos la imagen que ha de acompañarnos el resto del trayecto. "Jerusalén" es el nombre como se le conoce popularmente. Aquí se abre un compás de espera, unos y otros miran las palmas, las más altas son consideradas las más bellas.

La procesión se dirige a San Lucas, donde el sacerdote espera para bendecir las palmas y los ramos de manzanilla, romero y laurel, mismos que se conservan con el fin de curar enfermedades de la familia durante

el año: "son benditos, curan como por arte de magia". También las crucecitas de palma, los cálices y pequeñas custodias que venden a la entrada de la Iglesia de San Lucas, las compra la gente para hacerlas bendecir, por esto las adornan con claveles rojos. El color rojo "es santo", es el mismo de la banda de la túnica de Cristo. De palma venden también Vírgenes, Cristos, San Juanitos y corazones, con el propósito de colocarlos detrás de las puertas, para la buena suerte. El señor San Ramón es muy solicitado este día en puestos especiales, porque la gente busca protegerse, alejar las envidias y hacer aparecer las cosas extrañadas. Otros compran una especie de abanicos de trigo, que llevan a sus casas, para que nunca les falte el pan ni a ellos ni a sus hijos. Nos enfrentamos a un acontecimiento que mezcla y amalgama el ritual ortodoxo de la Iglesia con la magia y las supersticiones populares. De hecho transitamos permanentemente de un espacio a otro sin necesidad de pasaporte.

Procesionar, las palmas, las flores, las hierbas curativas implican ese tránsito de lo religioso a lo mágico y viceversa. Los participantes pueden trasladar en los objetos, la propia cualidad de lo sagrado para su protección y la de su familia; con este proceder también se concreta una forma de control del poder sagrado.

En el atrio de la iglesia de San Lucas el sacerdote anuncia por alto-parlante que se acerquen los fieles a bendecir sus palmas. Empieza a recorrer los grupos de feligreses echando agua bendita en grandes cantidades, se escuchan las risas de la gente en el momento de sentir el agua salpicada en la cara. Mientras tanto, los vendedores de gelatinas, ajenos a la bendición de palmas, ofrecen su producto multicolor: de rompopo, de limón o de frambuesa. El aire se llena de tonalidades y matices en haces de globos de colores aprisionados en la mano del globero, en forma de gusanos, orugas y pulpos, los globos transitan sobre las cabezas de actores y espectadores. Hoy el atrio es escenario de olores y colores.

El padre habla en tono muy solemne:

Tengan respeto por las palmas que son casi un sacramento que sirve a la hora de los sismos y de todas las desgracias. Antes las procesiones eran un sacramento y han sido suplidas por las manifestaciones políticas, por los concursos de miss universo o de primavera. Los cristianos deben usar una crucecita de palma como testimonio de que nos vamos adentrando en el misterio de la Santa Cruz.

Después, les pide que regalen las palmas para hacer ceniza de la que se utiliza en la Iglesia.

Podemos decir que éste es el primer puente que la Iglesia le tiende a los actores de esta representación, es el primer espacio de legitimación que se abre ante esta representación popular. La actuación de este día tiene lugar después de la misa que celebra el sacerdote.

La iglesia tiene al señor San Luquitas (abogado de las palmitas), a su derecha el Sagrado Corazón, y a su izquierda la Virgen de los Dolores. Al fondo el altar mayor está vestido de blanco.

A la celebración litúrgica entra primero el padre y después el resto de la procesión al grito de ¡Viva Cristo Rey!; el sacerdote llama a los del Concilio y les pide que suban a su lado. Suplica que se deje a las vírgenes y nazarenos las bancas de la iglesia, en consideración a todo lo que tienen que caminar, no sólo todo el día de hoy sino también el Jueves y Viernes Santo. El padre toma posición justo debajo del Señor de las Palmitas, a su lado están Cristo y los apóstoles, después la virgen y sus acompañantes. Él da instrucciones, la Virgen María, Magdalena y Jesús colaboran en la misma haciendo lecturas del evangelio; María hace la primera lectura, un colaborador del concilio hace de narrador y el sacerdote lee lo correspondiente a Cristo.

Todo comienza con unos buenos días y la gente responde con un batir de palmas, que se multiplica con la acústica del templo. El padre explica que se trata de conmemorar el triunfo de Jesús al ser aclamado por las multitudes al llegar a Jerusalén, cuando fue recibido con palmas ("bendito el que viene en nombre del Señor"). El colorido de la Iglesia es extraordinario, los tonos van desde lo más pálido hasta lo más encendido.

Las palmas se silencian y dan paso a los acordes del órgano en el coro. Al terminar la música, se lee la sexta profecía de Isaías y la epístola del apóstol San Pablo a los filipenses, el salmo responsorial lo lee María Magdalena. En este recinto, los nazarenos siguen conservando su ubicación enmarcando la representación, están a los costados de la Iglesia. Terminadas estas lecturas el oficiante pide a los presentes que de rodillas reflexionen sobre lo que han escuchado:

El gasto de quince mil pesos fue hecho por el mayordomo de la imagen [el nombre de la mayordomía es "fiesta realeros"]. Se les pide a los nazarenos que den una cooperación para el pago de esta misa, y la que tiene lugar el sábado de gloria a las 12 de la noche, y así cooperar con el mayordomo, y que el gasto sea de todos.

La prédica del padre es en torno a la paganización de la vida:

En Semana Santa ya nadie visita las iglesias, la gente prefiere ir a desnudarse a las playas, a emborracharse y a comer bien, y eso es pagano como lo que hicieron los judíos al repartirse la ropa del Señor. No la celebración de ustedes, han venido a confesarse.

El día anterior, estuvo confesando a los nazarenos hasta la media noche. Luego, a manera de información general, dice que el Jueves San-

o, a la una de la tarde, traerá de la catedral los santos óleos. Invita a los celebrantes a que acompañen la recepción de los santos óleos, considerando que alguno de los aquí presentes pueda, en algún momento, llegar a necesitarlos. Recuerda a los feligreses que hacerlo puede significar posibilidades de ganar indulgencias. A las cinco de la tarde hay misa y se lestapa el monumento para que los fieles puedan dar inicio a la visita de las siete casas. Habrá monumentos en todas las capillas de Iztapalapa. Después invita a "una hora en Jerusalén", y advierte que esto no se hace con el fin de competir con la celebración de la explanada, porque ésta es la representación litúrgica de la Pasión de Cristo.

Respecto al sábado, les recuerdo que ya no es Sábado de gloria, que es Sábado santo. No lo celebremos como brutos, judíos, indios apaches. No se degraden, no se mojen por favor.

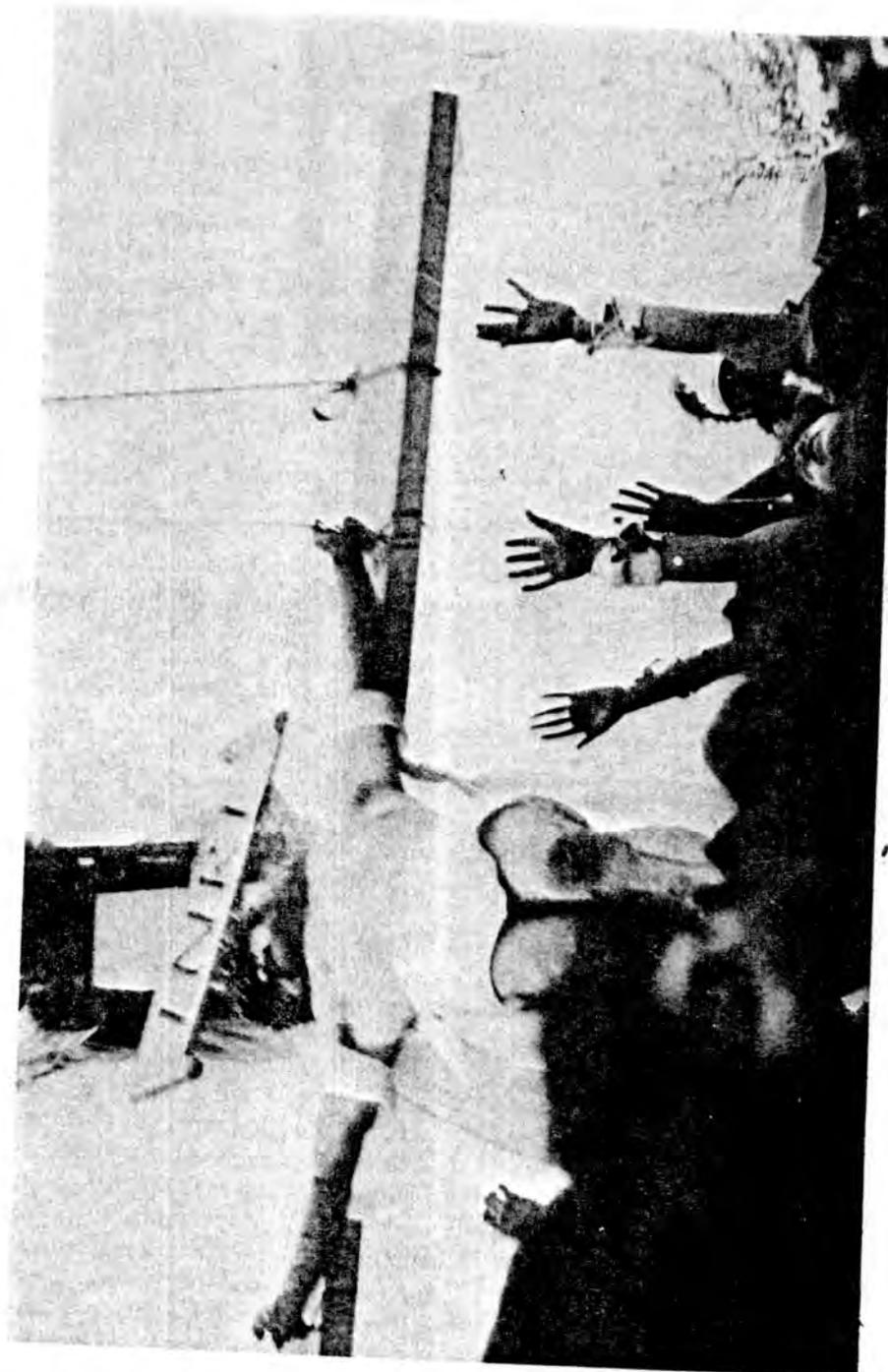
En realidad parece mucho más un lamento por el proceso de secularización al que han sido sometidas las manifestaciones religiosas.

Los nazarenos ya no se lamentan como plañideras

Hace calor a las tres de la tarde, los nazarenos circulan por las calles de Iztapalapa a la casa de los ensayos en *shorts*. Hoy, jueves santo, la adornan con moños morados y blancos de papel crepé. Igual que el Domingo de Ramos, los nazarenos cargan sus túnicas en un gancho, bien planchadas, van con un cirio envuelto en papel periódico. Algunos juegan, impacientes, con el cordón que anuda sus túnicas. El que vende nieves pasa ofreciéndoles a todos: "¡pal calor!", y la música de fondo que todos tararean es: "quítate la máscara, ven a gozar... quítate la máscara, ven a bailar...".

La casa de los ensayos tiene puesto un toldo rojo, color que se refleja en la cara de los actores que esperan expectantes. La Samaritana, Claudia, María Magdalena y las damas de Claudia llevan puestos brazaletes en forma de serpiente, enrollados en el antebrazo. La cárcel de Cristo está adornada con frutas: melones, mameyes y sandías (una concepción tropical de lo que es un huerto). Enfrente está la cárcel de Barrabás, hecha de cartón.

En el recinto principal de la casa hay un arreglo especial del altar, con dos niños Jesús, uno va vestido de nazareno, y al lado de ellos, la imagen del Divino Rostro. Frente a este altar religioso sigue estando el altar familiar. Al lado, en un pequeño recinto, hay otro con la Virgen de Guadalupe; todos los altares tienen, colgados de los cuadros, las coronas de los Cristos de otros años.



Cristo está en el segundo piso de la casa, allí se maquilla y se viste. Cuando baja para dirigirse a la explanada, ora en dicho altar antes de salir.

Se hace el recorrido por cada una de las capillas de los ocho barrios: la Asunción, ubicada en la calle de Aztecas; San Ignacio, en la calle 5 de Mayo; Santa Bárbara, en la calle de Comonfort; San Lucas, también en la calle de Comonfort; San Pablo, en la calle de Aldama, hasta San Miguel, que está en la calle de Hidalgo. La procesión continúa de aquí hasta la Purísima (mercado). De ahí hasta la capilla de San Felipe. Regresan a San Pedro que está en la calle de Primavera, después vuelven a la capilla de San José, sobre la calle de Allende, y de ahí se dirigen al santuario (véanse mapas 3 y 4).

Las actividades del día de hoy comienzan con una misa oficiada por el obispo en el santuario del Señor de la Cueva.

El prelado oficia de manera muy simple y no dirige una sola palabra a los participantes de la celebración; puede decirse que actúa ignorándolos totalmente. Sólo al párroco de San Lucas compete atenderlos, el obispo en su alta investidura no se ocupa de estos pequeños asuntos. Más que involucrarse con la fiesta popular, participa en ella como parte del protocolo.

Iztapalapa tiene obispado sólo desde hace siete años. Desde hace cuatro, empezaron a dedicar a los participantes de la representación popular un pequeño sermón. La misa se celebra desde hace dos años, hecho que al comité lo hace sentirse más justificado, éste es el segundo puente de legitimación que la Iglesia tiende a la representación popular.

Los periodistas invaden la Iglesia. Los actores y espectadores se funden y forman una masa de fieles que asisten a misa y suben por una escalera para tocar la urna del Señor de la Cueva y pedirle algunas gracias.

Después del recorrido por los ocho barrios, entran a la explanada, primero los nazarenos con sus cirios en dos filas, el ángel, Cristo y los apóstoles. Cuando la banda deja de tocar suenan los clarines de la guardia pretoriana.

Van llegando a la explanada los nazarenos con la corona de espinas con flores. Alternan entre los penitentes jóvenes y niños, como si cada nazareno se probara a sí mismo su fuerza frente a los otros. Las promesas y sacrificios que hacen surgen de una relación personal entre el penitente y los seres sobrenaturales. Para que la manda pueda ser cumplida, se busca una situación colectiva, como ideal para la obtención de los propósitos deseados, como si la petición en grupo potenciara la posibilidad de realización de la gracia solicitada. La celebración requiere de estos "pagadores de promesas" y éstos de aquélla. Es una relación de interdependencia mutua para asegurar su eficacia.



En la explanada hay una gran estatua de piedra, de Cuicuilhuac. Parece increpar a las masas que allí se congregan, mientras mira el escenario donde tendrá lugar el lavatorio y la Última cena. Confluyen personajes de muchos sectores de la sociedad civil y de otras épocas históricas.

Los sistemas simbólicos no son arquetipos inmóviles, cuyo significado permanezca inalterable en el tiempo. Hablaremos más bien, de un intercambio permanente entre complejos de símbolos, signados por la acción histórica y determinados por el uso que de ellos se hace en el presente. Desde esta concepción podemos decir que los hombres reescriben siempre su historia en la interacción humana.

Esto es claro en el ejemplo del monumento a Cuicuilhuac, que nos habla de un héroe nacional al cual se le rinde tributo y homenaje permanente por parte de la Delegación como órgano de gobierno. Esa misma estatua como parte de la escenografía, de la representación del jueves y viernes santos significa otra cosa: es la presencia de un héroe nacional inserto en un acontecimiento de la historia local, de una importante densidad de lo político presente en un evento religioso, sincrético, mixto, donde se amalgaman diversas entidades simbólicas vivas.

La historia entendida como cambio en el tiempo y ubicada en Iztapalapa encarna en los símbolos y rituales públicos, que no son entidades inertes que se repiten sin modificación. Iztapalapa es un importante escenario si lo vemos como un microcosmos donde pueden apreciarse aspectos de la complejidad ritual de la ciudad de México.

Uno de los escenarios del drama es una gran estructura de armazón de tres niveles, unidos por una escalera blanca. En el nivel más alto, hay una mesa larga y doce sillas que ocuparán Cristo y los apóstoles, el decorado está hecho con columnas romanas; los lugares principales son un par de sillas doradas destinadas a Cristo y a Pedro. En el extremo opuesto de la explanada hay otro escenario de tamaño monumental. Su decoración es diferente: es una gran estructura también de tres niveles pintados de blanco y dorado, con escaleras rojas. En el primer nivel, a manera de adorno hay unos leones de piedra. En el segundo, además de grandes columnas romanas, están colocados jarrones cuyas asas son víboras. En el tercer nivel, reposan leones de piedra, como perros guardianes. La escenografía no delimita con precisión los espacios propios a los romanos y a los judíos. En la necesidad de ser ópticamente rutilante estas diferenciaciones no caben.

Suena el Ave María, de Schubert, interrumpida intermitentemente por la *Marcha Dragón*, tocada por la banda.

En esta celebración la música es de tres tipos, y a cada uno corresponde una atmósfera emocional diferente.

La música de los discos se transmite a través de un altoparlante; alude directamente al hecho de la Semana Santa como evento espectacular, de

ahí que no resulta extraño escuchar como música de fondo temas de obras cinematográficas, como por ejemplo el de *Amor sin barreras*. Otro tipo de música es la que toca la banda, música de pueblo, que recuerda a todos su pertenencia a Iztapalapa.

El tono más dramático lo crea la música del órgano y el canto de Humberto Cravioto. Se crea una atmósfera sobrecogedora cuando canta por ejemplo *La rosa fría del Calvario*, lo que explica cómo sectores de actores y espectadores lleguen al llanto. El animador acalla la música:

La figura de Cristo prevalece ante la historia no sólo como hijo de Dios hecho hombre, sino como un personaje de talla universal, que dividió los tiempos. Su mensaje permanece en el corazón de los hombres. Él es el camino, la verdad y la vida. Sin importar el paso de los siglos su palabra es actual. Es renovación constante, es fuente de fe y esperanza entre los hombres y es sin duda ejemplo de vida. Una de las tradiciones religiosas de más arraigo en México y en el mundo es sin duda la representación de Semana Santa en Iztapalapa. La población de este sector toma parte directa e indirectamente, a tal grado que la Pasión de Cristo tiene un realismo asombroso, culminando en el Cerro de la Estrella con la crucifixión del nazareno. Respetable público, muy buenas tardes tengan ustedes, les saluda cordialmente la comisión organizadora de la ya tradicional Semana Santa en Iztapalapa, que este año lleva a cabo sus ciento cuarenta y siete representaciones. Toda una vida de estas familias de padres a hijos, ustedes van a ver, a través de la representación de ellos, que vienen los nazarenos portando cruces chicas, medianas y grandes según la promesa, que consiste en el recorrido que ellos hacen a La Estrella.

Como podemos observar en este discurso los aspectos simbólicos más relevantes serían, desde el punto de vista ideológico, que la religiosidad en Iztapalapa pertenece a un acontecimiento mundial: la conmemoración de la Pasión y muerte de Cristo para el mundo católico, hecho tan trascendente que es parteaguas en la historia de la humanidad.

El polo emocional simbólico también aparece muy claramente cuando escuchamos al animador aludir al "realismo asombroso", al sacrificio de las familias que participan, pero fundamentalmente destaca la penitencia de los nazarenos que cargan pesadas cruces hasta el Cerro de la Estrella.

Hoy se ve en la tribuna principal, al jefe de la policía hablando con el delegado, la presencia de estas autoridades causa revuelo entre los espectadores, además tienen una buena actitud con la prensa.

La función del ritual público, que mezcla símbolos religiosos con símbolos político-civiles, es la de salvar la brecha que separa a la religiosidad de lo político en general y la religiosidad popular de lo hegemónico político y religioso. Para entender esto, nos remitimos a la fiesta y a

sus personajes, el comité, como importante fuerza del orden ritual, representa a los de Iztapalapa. El delegado y demás funcionarios son los representantes del poder político ejercido de manera consensual en el caso concreto de la festividad, cuando por vía de acuerdo se llegan a puntualizar de qué manera este evento se puede llevar a cabo sin obstaculizar la acción política de la Delegación en ningún sentido.

Las fuerzas del orden (la policía, la Cruz Roja, etc.) representan a la hegemonía en su aspecto político-coercitivo.

El tema principal del ritual es la idea de la jerarquía. Es una versión elaborada y condensada del intercambio social diario.

Estos rituales resultan muy interesantes por su riqueza, pues implican una fusión simbólica de *ethos* y concepción de la vida. Aquí se manifiesta un espectro muy amplio de formas de ser y motivaciones para participar, que conforman importantes dispositivos de la identidad.

Hay mucho prejuicio por parte de los investigadores, que ven en el hecho de la masificación aspectos que desnaturalizan la fiesta popular; son visiones dirigidas a evaluar la pureza del acontecimiento ritual. Esta posición es compartida por algunas personas de Iztapalapa, en especial por aquéllos que participan en la celebración eclesiástica, quienes dicen que en la Semana Santa pública no se pueden apreciar contenidos religiosos, pero aquéllos que participan de la Semana Santa popular piensan que ésta es a Iztapalapa "lo que el alma al cuerpo, es ni más ni menos el acontecimiento que le da vida al pueblo, ya que sin esta celebración Iztapalapa moriría para siempre".

El animador continúa:

Además del Ave María de Juan Sebastián Bach con Humberto Cravioto, en unos instantes cantará en la celebración de la Pasión, como todos los años aquí en la explanada del Jardín Cuitláhuac y en el Cerro de la Estrella. Unos instantes más para que este cuadro de extraordinarios actores, que año con año hacen un esfuerzo sobrehumano para realizar esta obra que ha trascendido las fronteras de nuestro país. Vienen periodistas de todo el mundo: de Japón, de Alemania, de Estados Unidos, de Sudamérica, de Europa, de Asia. Un festejo que ha trascendido allende las fronteras de México. Este extraordinario grupo de actores mexicanos iztapalapenses que se han visto siempre apoyados por las autoridades de la Delegación que encabeza dignamente su delegado, nuevamente culmina un año más con la representación de la Pasión de nuestro señor Jesucristo.

Se apela en esta segunda parte del discurso a la legitimación o justificación que implica para la representación popular la presencia del delegado y demás autoridades.

Podemos además advertir otros aspectos, la aceptación de la autoridad que está en la base de la perspectiva religiosa procede del propio ri-

tual; en los participantes se generan una serie de estados anímicos y motivaciones para promover la aceptación de un orden que se concreta en símbolos, y nos hace pensar en las oposiciones hegemónico/subalterno; regional/universal; pasado/presente/futuro.

La actuación de la explanada consiste en la Última Cena y el lavatorio de los pies. El escenario es azul y blanco, la Cruz Roja recorre la explanada repartiendo agua. El camino al Cerro de la Estrella es casi intransitable por la multitud que se agolpa para comprar artesanías y comida.

Los sucesos son interrumpidos por la voz del animador que habla nuevamente a través de un micrófono:

Saludo a todas las familias de Iztapalapa y a todas las familias de la República Mexicana. Si gustan hacer una cooperación, háganla en la Iglesia. Queremos informarles que el año pasado hubo gente que vendió los lugares en las graderías, estos vivales cobraron por las tribunas; las tribunas están a su disposición sin costo alguno, para que disfruten este bonito viacrucis.

La voz se acalla y el cortejo precedido por el ángel empieza a subir las escaleras; después del ángel, Cristo y los apóstoles, a la derecha está Pedro; Jesucristo con el micrófono reza un Padre Nuestro, el resto de los actores posan para la prensa. Es notable la presencia de fotógrafos extranjeros, que según lo dicho por ellos mismos, vienen en busca de "lo exótico". Hay grandes vacíos en este discurso de la Última Cena y los silencios son aprovechados por los camarógrafos de la televisión para apuntalar cámaras y reflectores desde un buen sitio, porque esta parte de la representación tiene lugar por la noche. La voz del nazareno rompe la densidad del silencio con una lapidaria frase:

En verdad os digo que alguno de vosotros me habrá de entregar,

y los apóstoles responden:

—¿Soy yo?

—¿Acaso me cabe esa desgracia?

—¿Seré yo acaso?

Cristo responde:

El hijo del hombre será entregado.

Judas grita:

Soy un miserable.

No puede ni abrir los ojos deslumbrado por las luces de las cámaras de televisión.

Todo transcurre lentamente y la pausa que se hace entre la Última Cena y el lavatorio es llenado por la vendedora de periscopios con su pregón: “telescopios, lleve sus telescopios, ándele güerita para que pueda ver al cristito de cerca”.

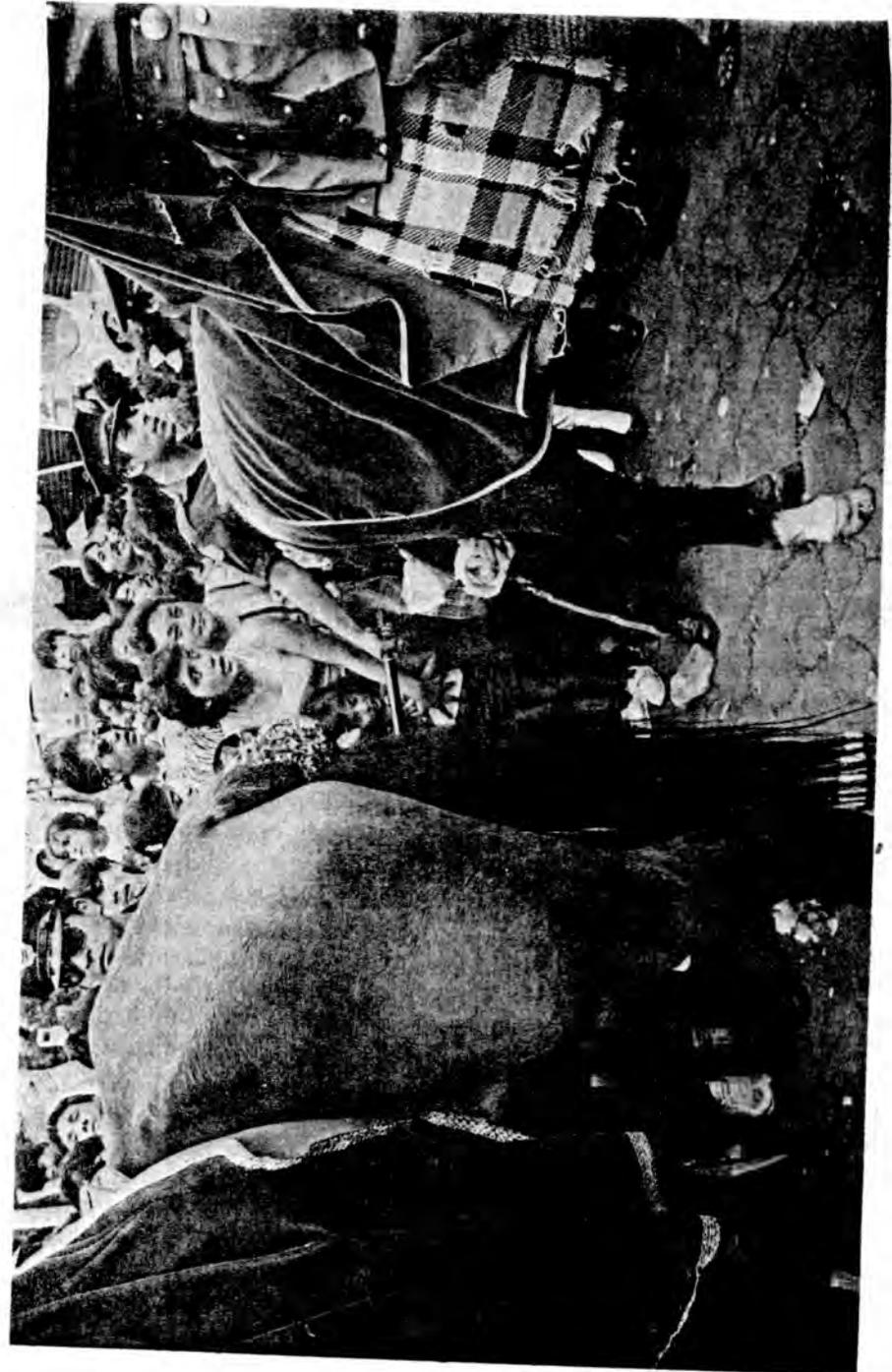
Todas las personas que están dentro de la valla que rodea a la explanada (las autoridades, el concilio, los periodistas y los “invitados especiales”) constituyen el grupo más estructurado frente a la masa, a lo indiferenciado, que está del otro lado y que es su opuesto, donde el *comunitas* como forma de relación ritual es lo más destacado.

La explanada es un espacio muy importante de concentración emocional, aquí confluyen el poder político, el religioso no oficial, y el de los periodistas que ocupan un lugar central. Las posiciones están delimitadas de antemano, lo más relevante es la presencia de los medios masivos de comunicación ante cuyo poder se subordinan todos los demás. Los privilegiados del ritual son todos los portadores de gafetes de “prensa”, de “comisión de orden” o de “invitado especial”; son toda una marca de distinción, que a los ojos de las multitudes, revela una relación de orden político con la delegación, o una relación importante con el comité organizador. Los que están en la explanada se exponen a rudos sacrificios: el sol canicular, las tolvaneras, empujones y pisotones.

De cómo un nazareno supo que tenía que ser penitente

Este nazareno se destaca del conjunto, pues es el único que sangra en la frente por llevar incrustada la corona de espinas. Su cruz es distinta, no sólo porque es más grande y más pesada, sino porque no está hecha de madera pulida, sino de madera “tal cual” (sin pulir). ¿Por qué participó?, preguntamos, y responde que él decidió participar en la Semana Santa hasta que las fuerzas de la vida le den para ello. Esta dura promesa para toda la vida la hizo cuando se salvó de una balacera. Él, como agente de la judicial, participaba en un operativo para matar al famoso hampon el “Piojo negro”. Su suerte fue tal, que por estar debajo de un carro apostado detrás de una llanta, los impactos de las balas se incrustaron en ésta y a él no le tocó ni un rozón. Un hecho tan evidentemente providencial sólo podía ser agradecido con la mayor de las penitencias. Esta gran convicción se reforzó después del sismo de 1985, ya que se encontraba en los separos de la Procuraduría, de donde salió milagrosamente con vida.

Nos cuenta que es una persona especial, porque tiene “una visión que va más allá”. Empieza a sentirse extraño y en ese estado comienza a



recibir señales, que sólo él puede descifrar y que le indican que tiene que renovar su participación, cuando se le ha cruzado la idea de dejarla. Las señales consisten en una profunda soledad y tristeza, más bien una especie de melancolía que dibuja a su paso sombras con mensajes cifrados, que lo envuelven y no lo dejan vivir. Siente que lo asaltan y lo aprisionan cuando trata de escaparse. Una vez tomó la decisión de huir, pero las sombras se fueron detrás, se subieron con él al camión, se metieron al cine, se sentaron a su lado y le sollozaron en las bancas de los parques. La única manera de deshacerse de ellas es volviendo año con año al sacrificio, para poder descansar, sólo así quedan exorcizadas. Con el temor de estas presencias, se despide para enlistarse de nuevo como nazareno.

La feria

Al lado, y en torno a los escenarios rituales está la feria, como algo necesariamente vinculado a la celebración, pues no hay fiesta religiosa que no cuente con este evento anexo, y menos aún si es en la ciudad. La feria está conformada por un parque de diversiones, rueda de la fortuna, pesca milagrosa, tiro al blanco, casa de los sustos, etcétera. Junto al parque hay muchos puestos de comida y antojitos: garnachas, sopes, venta de artesanías y juguetes de plástico. La feria está situada en el parque, el espacio de encuentro y circulación permanente de las personas del lugar; es también el área de juego de los niños, escenario romántico de jóvenes enamorados. En general, es un ámbito de circulación de emociones diversas, que por su misma naturaleza escapan al control del comité organizador de la fiesta.

A la feria va gran cantidad de personas de las clases populares, y es una importante forma de diversión, donde la comida ocupa un lugar primordial. La gente va de las quesadillas a las hojuelas con miel y de éstas a los algodones de azúcar. Estos apetecidos puestos de la feria son alquilados por la Delegación a vecinos del pueblo de Iztapalapa. Es el centro de una importante actividad comercial.

Según cuentan, hubo épocas cuando en este parque se bailaba durante la Semana Santa. La Iglesia protestó enérgicamente y esto ya se acabó, pero sigue conservando su carácter festivo. No es casual que este parque de diversiones se instale en el mismo lugar donde los domingos se celebran bailes populares. Los espectáculos que conforman una feria tienen dos funciones: son una fuente importante para la continuidad y son el telón de fondo de la representación, y la gente los mira para entretenerse entre un "cuadro" y otro.

La ritualidad y la diferenciación

Durante la celebración el comportamiento de los dirigentes cambia. Dejan su accesibilidad y se tornan fríos, solemnes y distantes. Sienten que tienen una responsabilidad grande lo que provoca una enorme tensión, ya que deben responder por el buen desenvolvimiento de este evento. Por ejemplo, el comportamiento de los miembros del comité es adecuado a su rango de dirigentes del ritual y esto mismo hace que también la gente actúe de forma particular con relación a ellos. Es como si el hecho de entrar a formar parte de dicha agrupación los apresara en un mandato imperativo irrenunciable, por heredar estas funciones de sus padres y de sus abuelos. Quedan atrapados indefectiblemente en la lógica del deber ser, para poder mantener el privilegio de la diferenciación.

El reforzamiento de este tipo de actitudes y de comportamientos, se logra sobre la base de una permanente acción pedagógica dada a los hijos del presidente del comité, quienes se tienen que comportar como miembros de la familia que patrocina la fiesta y llevar en alto el nombre de ésta. En sus manos está prácticamente el mantenimiento de la tradición. Como miembros de dicha familia deben prepararse para continuar organizando año con año las festividades de Semana Santa, que para los nacidos en Iztapalapa es un eje fundamental en la conformación de su identidad. Esta misión es un hecho trascendente, que en algunos casos justifica su propia existencia, la de su familia y la del pueblo de Iztapalapa. Si la fiesta no se hiciera "Iztapalapa moriría para siempre", repiten algunos de ellos.

Este hecho los sacraliza y diferencia del resto de la comunidad de Iztapalapa, no sólo durante la representación a la que asisten colocándose en lugares visibles para el público —son una especie de íconos vivientes, que encarnan para el pueblo virtudes de religiosidad y de identidad—, sino también en su propio transcurrir cotidiano de la vida. La transmisión de los cargos por herencia contrasta con el mecanismo de elección que es utilizado para el resto de los participantes. Los primeros heredan y tienen garantizado este poder; los segundos tienen que ganarse el lugar cada año (no todos, como ya lo mencionamos).

Este ritual ofrece a los participantes en esta celebración la posibilidad coyuntural de dejar el trabajo y la dura lucha cotidiana por la vida y lanzarse a la calle que está llena de gente y de gran tensión emocional, clima que permite la realización de muchas cosas en muy poco tiempo y espacio: reír, rezar, llorar, comer, beber, pelear y hasta escaparse a la feria y echarse un tiritito al blanco o un taco.

Durante los días santos se exacerbaban y potencian algunos patrones de conducta. Se abre un lapso impresionante de densidad demográfica y emocional, ejemplo de esto es la capacidad de ingenio e ironía que se

despliega y las demostraciones de habilidad y destreza montando a caballo.

Los actores se involucran de tal manera con sus respectivos personajes que cambian radicalmente de actitud durante estos días. Tienen una postura distante frente a sus conocidos y frente al público en general. Los nazarenos sufren profundamente, sobre todo en los momentos más dramáticos.

Los romanos y pontífices hacen alarde y ostentación propias del papel que representan. Esta actitud se ve reforzada por los cascos dorados, pectorales y pedrería, como base de sus atuendos.

Los papeles de Herodes, Pilatos, los sumos sacerdotes y pontífices corresponden a los miembros del comité organizador de la celebración, lo que es muy significativo. Es decir, la destacada posición social de los organizadores de la celebración se ve objetivada en la representación misma, en la que expresan el poder que tienen. En cuanto a los propios personajes, la participación en este ritual les implica toda una posibilidad de cambio de la personalidad social, especialmente si se trata de actores principales. Es usual que, especialmente las mujeres, se casen después de haber cumplido con su promesa. Para el resto de los actores, la función ritual ofrece una forma de reconocimiento social que se hace de ellos y de toda su familia.

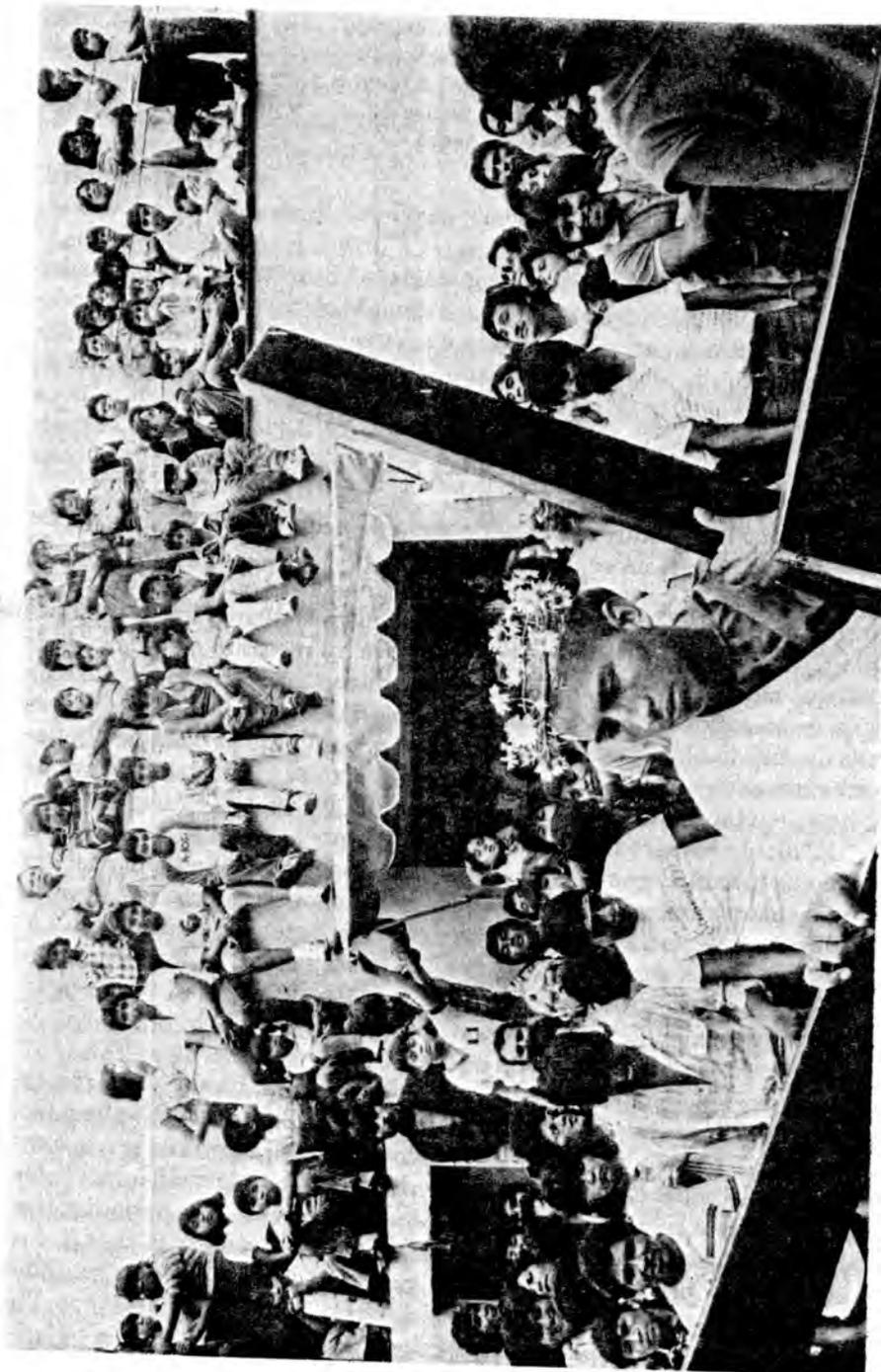
El público se refugia en el anonimato que proporciona el pertenecer a la masa. Por esto expresan con mayor libertad sus sentimientos, se permiten llorar o gritar, reír y hasta agredir.

Hacia el Huerto de los Olivos

Son aproximadamente las diez de la noche. Salimos casi por los aires en medio de un arrollador tumulto de personas, sin hacer pie, ya que la avalancha amenaza con aplastarnos. Nos lleva en vilo, por la parte de atrás de la explanada, pasando por la calle de Hidalgo, después por Ayuntamiento hasta una calle muy estrecha llamada Estrella. La agitación de la gente hace pensar en una borrasca humana, pues desde esta callejuela lo que se ve es un ir y venir de enormes olas de hombres, mujeres y niños que escalan el Cerro de la Estrella con el fin de presenciar la actuación en el Huerto de los Olivos.

Esta vez alcanzamos, a codazos, un lugar al lado del escenario. Después de llegar hay una larga espera, que se llena con las notas del Ave María de Schubert, posteriormente se interrumpe la música y comienza una voz:

La comisión organizadora de este humilde pueblo de Iztapalapa desea que lleguen sanos a sus hogares, nos vamos a portar como católicos, no



como herejes y vamos a hacer una reflexión. Hace años existió Cristo, que dio la vida por nosotros, escuchemos con amor los parlamentos de estos jóvenes. La comisión tiene las puertas abiertas para los visitantes y desea que regresen bien a la vida cotidiana. Vamos a ver la tentación que a Cristo le hizo el ángel negro.

Las virtudes que se promueven a partir del discurso son la humildad, la fe y el amor.

Entre el gentío se cuele una brigada de la Cruz Roja. El presentador anuncia que en ese momento vienen subiendo el cerro Cristo y los apóstoles. Éste les dice a sus discípulos que su cuerpo “está dispuesto al sacrificio, para salvar al género humano”. Las frases son cortadas literalmente por el frío. Los actores que aparecen en escena con muy poca ropa, como el ángel y el diablo, tiritan en medio del ventarrón. El espectáculo se enciende con una llamarada y tras ella aparece el diablo en traje de baño.

La situación es muy cómica. La gente le grita y le chifla. El traje de baño café y su piel morena conforman un solo fondo; pegada por atrás lleva una cola de caballo y en los brazos unas alas como de murciélago hechas de papel sobre una gran estructura metálica, en la frente lleva pegados unos cuernos. En su parlamento hace un recuento de toda la maldad que hay en el ser humano y concluye diciéndole a Cristo que no vale la pena sacrificarse de esa manera por los hombres. Al finalizar la actuación del diablo, el escenario crepita y tras la última llamarada desaparece envuelto en una cortina de humo. El acto se cierra con la frase de Cristo: “¡Hágase Señor tu santa voluntad!”

El diablo es agredido desde el público; podemos observar cómo la ideología permite que las tensiones emocionales se descarguen al ser desplazadas hacia enemigos simbólicos —en nuestro caso se trata de Lucifer— en la medida en que son objetos concretos de hostilidad.

Hacia la Estrella con la cruz a cuestas

Llegar al pueblo produce una sensación extraña. La densidad mortecina del ambiente hace pensar que de nuevo el cólera morbus se ha paseado con su guadaña por el corazón de Iztapalapa. Las cruces se amontonan a la orilla del camino, alrededor de las once de la mañana el calor arrecia y el sol enciende hogueras en cada sombrilla. Los periodistas se inquietan y van de la explanada a las tribunas y de éstas a la casa de los ensayos, buscando las mejores tomas. Se espera la llegada de Cristo, hoy es el día que asiste más público, se calculan dos millones de personas. La presencia de la fuerza pública es mucho mayor que ayer. Las ambulancias,

el grupo de primeros auxilios, la policía montada y los granaderos se pasean por los espacios rituales.

Se destaca el hecho de que la presencia del “Estado romano” y su guardia pretoriana refuerzan aún más esta visión, sobre todo si consideramos que en el imaginario popular, uno y otro ejército acaban empalmándose.

Hoy es el día cumbre de todo el ritual, hemos insistido en el hecho penitencial como dimensión fundamental de éste, por eso vale la pena hacer una especie de escala jerárquica de acuerdo al grado de sacrificio.

Entre los participantes podemos hacer algunas diferenciaciones importantes, a partir de la autonegación, y la autoflagelación:

1. En primer lugar está Cristo, que no sólo ha pasado por el proceso de ensayos, sino que sufre realmente durante la Semana de la Pasión.
2. En segundo lugar están los nazarenos, cuya penitencia también incluye coronarse de espinas y cargar la pesada cruz hasta la cima del Cerro de la Estrella.
3. En tercer lugar están los actores que han tenido que asistir desde enero; en su participación hacen promesas.
4. Por último estarían los espectadores cuyo sacrificio consiste en asistir y soportar el sol en medio de la inquieta multitud, que pugna por ubicarse en un lugar donde el evento le sea visible.

Hoy hay más nazarenos que el día anterior (2 000 aproximadamente). Llevan cargadas a cuestas sus cruces y sus coronas de espinas, trenzadas con flores amarillas y blancas; muchos de ellos vienen descalzos. Los pequeños van acompañados por sus padres que les van ayudando a cargar la cruz.

La guardia de Pilatos y los sacerdotes del Gran Sanedrín toman su lugar en el escenario, donde se desplazan con gran solemnidad; se oye la banda. Hoy deciden la clase de muerte que darán a Cristo. Para esto, un grupo de soldados romanos se dirige a la cárcel donde él ha pasado toda la noche, y lo traen a la explanada. En ésta hay una columna blanca al centro, en donde Jesucristo será azotado. Entran Claudia y sus damas con música de clarines y banda, luego Cristo, la Virgen y sus acompañantes (el conjunto de santas mujeres). Ellas toman su lugar delante de los nazarenos. En el altoparlante suena la música de la película *El Manto Sagrado*, y al terminar ésta, comienza el *Ave María*.

Habla uno de los mayores del Concilio: “ahora se ha levantado mucho la tradición gracias al señor delegado”.

Los periodistas entran en masa a la explanada, junto con el delegado y fuerzas de seguridad que lo acompañan. Es notable la presencia del jefe de la policía, junto al delegado. Todos son entrevistados por los periodistas, incluidos los coroneles que comandan el operativo de seguridad.



dad. Su presencia despierta inquietud en la tribuna, y es evidente para el público que ellos también son personajes de la celebración.

Después de los nazarenos entran los soldados romanos por el centro:

Sólo breves instantes para la culminación de este evento extraordinario, el viacrucis de Nuestro Señor Jesucristo, para que culmine aquí en el cerro de la Estrella. Rogamos muy atentamente a todas las personas que nos honran con su presencia obedezcan todas las instrucciones que el cuerpo de seguridad les haga y les indique. Rogamos muy respetuosamente que se observe el mejor comportamiento y el mayor respeto a los señores policías que esta tarde están salvaguardando la seguridad de todos los aquí reunidos. No olviden que entre la multitud que asiste hay damas, ancianitos y niños. Ya se ve a los penitentes que vienen cargando sus cruces después de haber caminado varios kilómetros con sus pies y hombros lastimados, rogamos que observen el mejor comportamiento todos y cada uno de los aquí reunidos.

Nos hacemos portadores del saludo a todos ustedes, especialmente a los periodistas, por parte de las autoridades civiles, del delegado de Iztapalapa, de la Iglesia y del señor obispo. Esta comisión se ha distinguido por su conservadurismo. Y les damos la bienvenida y pedimos facilidades a los representantes de los medios de información; señores periodistas, Iztapalapa los recibe con los brazos abiertos. Iztapalapa se ha caracterizado por conservar las tradiciones porque para nuestro pueblo las costumbres son ley.

El discurso propone obediencia al cuerpo de seguridad, respecto a la autoridad, que ellos encarnan: la Delegación, la Iglesia y la comisión organizadora. Se resalta la hospitalidad del pueblo de Iztapalapa, que abre sus brazos para recibir a los periodistas del mundo. Finalmente, se cierra con la ratificación de que para Iztapalapa, la costumbre es ley.

En el discurso se pone de manifiesto que esta celebración se ha legitimado frente a los dos pilares fundamentales de la hegemonía: la Iglesia y el Estado, y que en escena se da una ratificación de la jerarquía.

Anuncian la representación con clarines romanos y de nuevo la *Marcha Dragona*. Judas empieza su diálogo con los pontífices que discuten la muerte de Cristo: que si un pan envenenado, que si a pedradas o se le crucifica en el Monte Calvario. Hay mucha tensión en el ambiente. El público pasa por la casa de los ensayos para ver a Cristo en la cárcel, antes de ir a la explanada.

Claudia y Pilatos hablan. Ella le dice a su marido que ha tenido malos sueños, que representan muy malos augurios, que con Cristo se cometerá un deicidio, y le suplica que no se haga cómplice de tan nefando crimen. La tensión por parte del público aumenta al aparecer Barrabás y Cristo. Barrabás se comporta como un hombre de las cavernas (viene vestido como tal) trasladado al siglo XX. Forcejea con los soldados roma-

nos, se avienta sobre el público como un salvaje, hace temer a los periodistas por sus cámaras, puestas a buen recaudo en ese momento. A Cristo lo traen al grito de "¡justicia, justicia, que salga el gobernador!" Samuel Beliber (el judío errante) es el portavoz que pide la muerte de Cristo a Pilatos. Éste lo defiende y lo manda con Herodes, quien sarcásticamente lo insta a realizar el milagro de resucitar a David, para poder creerle que es el hijo de Dios, a lo que él se niega, porque su destino estaba escrito. Herodes lo manda a Pilatos para decidir que muerte le darán. Este último es quien dicta sentencia: la crucifixión en el Monte Calvario, y ordena que se le azote. En este momento mucha gente llora. Cristo, con una túnica blanca, es azotado con unas grandes ramas teñidas de rojo, en un patético cuadro del nazareno adolorido y ensangrentado. En su pesado ir y venir de Herodes a Pilatos, la estética de la muerte perfila uno a uno los detalles de la crucifixión que ha sido su sentencia. El dramatismo está en la puesta en escena (efectos ópticos y sonoros) y no en los parlamentos, que casi ni se escuchan.

El tenor mexicano Humberto Cravioto canta partes de la zarzuela *La Dolorosa*. Nos dirigimos hacia el Calvario a toda prisa, para alcanzar un buen lugar y poder ver la crucifixión. Un camión del Departamento del Distrito Federal transporta trabajadores para asegurar los alambres de los cuales será colgado Cristo y amarrar el micrófono para que hable. Los romanos y la policía montada avanzan juntos. Detrás de las tres cruces el sonido repite *María* de Andy Williams. En esta parte del ritual cuando hay mayor seguridad. La caballería precede a la muchedumbre que avanza hacia el Calvario y rodea el espacio en torno a las tres cruces. Los nazarenos lastimados caminan con dificultad, ayudados por parientes. La Cruz Roja ofrece agua y primeros auxilios; los penitentes se colocan en una fila al lado de los soldados; la Virgen María acompaña a Cristo camino al Calvario. Al cerro llegan la Dolorosa y damas de Herodes; llega el rumor de que hay varios desmayados.

La Virgen María y las tres Marías que la acompañan, se ubican en el lugar de la segunda caída y ahí esperan a Cristo. Las vírgenes del pueblo están colocadas a lo largo de las catorce estaciones. Las caídas están distribuidas de la siguiente manera: en la calle de Ayuntamiento la primera; en la calle Cuauhtémoc la segunda y tercer caídas. En la calle de Hidalgo no hay caída, pero sí una estación en donde le sale al paso Verónica. En la calle Estrella se encuentra con la Samaritana, quien le ofrece agua de beber. Aquí se encuentra con Simón Cirineo, leñador que ayuda a cargar la cruz de Jesús. En la estación siguiente se encuentra con las vírgenes del pueblo.

Mientras los nazarenos colocan sus cruces, muy cerca de las tres principales, Cravioto canta *La rosa fría del Calvario*. Judas se cuelga y muere ahorcado en un árbol cercano. Suben la cruz en que clavan a



Cristo mediante un polipasto, y la superponen sobre otra más grande, que sirve de soporte. Ahí es colgado Cristo, amarrado de brazos y pies. le acercan el micrófono y pronuncia la última de las "siete palabras": "¡todo está consumado! ¡Padre mío en tus manos encomiendo mi espíritu!". Cravioto culmina con *Ave María gratia plena*.

Al bajar del cerro tiene lugar la llamada procesión del silencio. Se recorren los ocho barrios con una réplica de la imagen del Señor de la Cuevita. La verdadera sólo la sacan cada cincuenta años para conmemorar los cincuentenarios de la peste del cólera morbus.

Los encargados del Señor de la Cuevita encapuchan a jóvenes quienes lo cargan por los ocho barrios. Salen de la capilla de este santo y van a la iglesia de San Pablo, a un lado de la Delegación. De ahí van a Hidalgo hasta la capilla de San Miguel, regresan sobre Allende hasta la capilla de San Pedro, siguen a la capilla de San José, después a la de La Asunción, a la de San Ignacio, Santa Bárbara y San Lucas, que están sobre la calle de Comonfort. Vuelven hasta el santuario del Señor de la Cuevita, donde depositan la imagen que el padre recibe.

A este último recorrido asisten pocas personas, el ritual prácticamente finaliza con la muerte de Cristo. El dolor y el cansancio de los rostros nos hace pensar que han librado una batalla en la que no ha habido vencedor. El dolor y el sufrimiento de Cristo tiene un sentido en sí mismo, como si no necesitara gloria final, para que el ciclo ritual se complete como en la concepción eclesial. Lo que implica que el dolor y el sacrificio son nociones propias a este ceremonial. Llegó Jesucristo al sacrificio por voluntad de Dios Padre, hecho que sanciona y ratifica esta voluntad de sometimiento, que no es otra cosa que la manifestación medular del eje hegemonía-subalternidad.

Regreso a casa

Concluido el acontecimiento, nos quedamos con varias interrogantes y algunas respuestas sobre nuestra preocupación central: lo popular, lo masivo y los aspectos integradores o disgregadores de los mismos; hechos que nos apasionan aún más después de haber "sufrido en carne propia" la Pasión de Iztapalapa. El hecho masivo festivo se da en Iztapalapa a partir de una profunda crisis vital de este pueblo: el cólera morbus. El suceso se transformó posteriormente en mito, en leyenda.

La ritualidad se estableció para recrear en los habitantes del lugar esos estados mentales evocadores de la tragedia. El mito se reactualiza periódicamente sobre los dos ejes de transmisión de los que hablaba Turner, el polo ideológico y el emocional. El polo ideológico funge como una especie de correa de transmisión de valores morales y de maneras de en-



tender la vida; es repetitivo, pedagógico, acerca de hechos de la historia de los iztapalapenses que es menester recordar cada año, acción que se refuerza con la movilización de los afectos.

Las masas que se reúnen en Iztapalapa viven intensamente el drama de la Pasión con profundo involucramiento emocional, clave de lo popular que permanece en este evento masivo.

Lo masivo religioso tiene como núcleo fundamental el melodrama como un acontecimiento que nos proporciona los sentimientos básicos de manera polarizada y esquemática: amor/odio, bueno/malo, lealtad/traición; sin matices. Se puede poner de manifiesto, en escena, la contradicción entre ricos y pobres como de hecho se hace (romanos/cristianos/primitivos), en primera instancia. No obstante, la ideología naturaliza estos conflictos, al desvincularlos de la realidad y ofrecer lejanos arquetipos. La propuesta de armonía es asumida por todos. Este ritual resulta ser un núcleo aglutinador por excelencia, que nos permite incluso generalizar y decir que la religiosidad popular cumple importantes funciones de integración social y de legitimación del orden existente.

A través de la representación ritual se vehiculizan las propuestas ideológicas como pautas generales, con la finalidad de que sean aceptadas como verdaderas por parte de los sectores dominados. Por esta razón, decimos que un rito es un evento comunicativo y la información que trasmite es de carácter ideológico. A partir de símbolos, o unidades que acumulan información significativa, se establece la comunicación. Estos entran en juego mediante el drama de la Pasión y muerte de Cristo, que tiene para los iztapalapenses un sentido profundo, en la medida en que la experiencia de vida de ellos se relaciona directamente con este hecho.

La vivencia de la celebración en sí misma proporciona toda una experiencia integradora a todos aquellos que presencian el hecho melodramático, viven en su interior una armonía del conflicto, lo cual desactiva las posibilidades de impugnación. Si la hegemonía desactiva los contenidos subversivos de esta celebración, ¿qué claves de lo popular subsisten en este evento? Las siguientes:

1. La narración fuertemente codificada y ritualizada la acerca a la literatura oral en la medida en que ésta sigue siendo un método audiovisual de enseñanza. No como lo hicieron los catequistas en el siglo XVI, pero sí como método de instrucción, de transmisión de normas, valores y en general contenidos sociales de esta colectividad.

2. Esquematismo y polarización entre los buenos y los malos. El dramatismo en la escenografía, fundamentalmente —efectos ópticos y sonoros—.

3. El planteamiento de lealtades se hace al público, que toma partido apasionadamente.

4. Por el hecho de ser una literatura colectiva, según ellos informan, se basan en el libro *El mártir del Gólgota*, proveniente de los evangelios apócrifos. Sin embargo, al hacer una comparación de los parlamentos con dicho libro, el libreto muestra más bien muchos elementos amalgamados provenientes de la Biblia, del libro citado y muchos otros aportadores por la tradición y la imaginación populares. Estos textos se estudian y se repasan colectivamente; todos los actores llegan a memorizar los parlamentos de los otros, incluso el público los repite.

5. Otro importante dispositivo de lo popular tiene que ver con el hecho de que el ritual está organizado a partir de una estructura barrial, lo que implica formas de relación personales que establecen señas de identidad para los de Iztapalapa. Aquí se manifiestan claramente un “nosotros” y un “ellos” cultural, a partir de un reconocimiento social, que pone en funcionamiento toda una red de interrelaciones y solidaridades, que conforman todo un sentido de pertenencia.

Las siguientes precisiones son de carácter histórico y las hemos llamado manifestaciones populares residuales.

6. El Señor de la Cuevita, a quien se le rinde culto con esta representación, es el antiguo Tezcatlipoca, que fue sustituido en la época colonial.

7. Del teatro evangelizante quedaron importantes contenidos que se han reeditado en diversos momentos históricos en función de las necesidades hegemónicas.

8. Las propias mayordomías son formas de estructuración de las prácticas de la religiosidad popular que han vivido en la cultura durante cuatro siglos.

Cambios en el tiempo

Ahora bien, esta celebración se ha transformado con el tiempo. Para ilustrar el proceso de resemantización de esta fiesta, hemos tomado una vieja descripción hecha por Higinio Vázquez Santana (1953), a partir de la cual pudimos inferir importantes aspectos de la secularización, la masificación y la hegemonización que esta celebración ha sufrido.

El autor señala que Iztapalapa es uno de los pueblecillos del D.F. Lo que cambió radicalmente si vemos la Iztapalapa actual, poblada por un millón y medio de habitantes, que viven en innumerables ciudades perdidas, formadas por migrantes que vienen a la ciudad en busca de empleo. Antes, los celebrantes no contaban con su propio vestuario, era alquilado en algún teatro de la ciudad. La celebración no era tan espectacular en la medida en que no se autoabastecía de trajes para la representación.

La intervención de la Iglesia era mayor que ahora. Había actos piadosos en el momento de las Tres Caídas y un sermón que se predicaba en el atrio a propósito del mismo hecho, así como los sermones de la lanzada y el del pésame. Hoy la Iglesia ha optado por hacer una representación paralela, ha dejado que el proceso de secularización le arranque de sus entrañas esta celebración, que se ha alejado hacia la explanada de la Delegación y al Cerro de la Estrella.

Los adornos que se utilizaban eran flores y follaje de la región. Había chinampas que proporcionaban estos elementos decorativos, que por lo demás, tenían mucho más que ver con la estética indígena (recuérdense los relatos de los cronistas). Los actores eran en su mayoría indígenas.

La crucifixión dentro del templo nos habla de un acontecimiento de carácter más religioso. Su secularización creciente se expresa claramente en el espacio en donde actualmente tiene lugar dicha crucifixión: el Parque Nacional Cerro de la Estrella.

Los implementos que se utilizaban en la Última Cena eran otros. Las copas de madera antigua y loza de barro fueron sustituidas por cristal y porcelana.

Antes, cuando Pedro negaba a Cristo, los escenarios eran naturales, con árboles y gallos. Hoy estos últimos han sido sustituidos por una grabadora. El teponaxtle y la chirimía, música puramente indígena, ha sido sustituida por un "sonido". La banda que en la actualidad participa, muy propia de los pueblos, toca una música más ladina que indígena.

Los nazarenos eran hombres de entre cincuenta y sesenta años. En los últimos tiempos se han incorporado jóvenes y niños, que buscan —ellos o sus padres— reconocimiento social amplio (ante las cámaras de televisión). Estos penitentes lloraban como plañideras, lo que daba a la representación un tono más lúgubre, a diferencia del que tiene en la actualidad.

La iluminación se hacía con ocotes y candilejas de aceite. Ahora la Delegación proporciona una moderna iluminación en todos los espacios rituales.

Violencia y consentimiento ritual

Hemos denominado violencia ritual a todos aquellos hechos que representan importantes nudos de tensión y de conflicto, que tienen lugar en diferentes planos. Los niveles que señalamos aquí van de lo más general a lo más particular.

1. Tensión entre la Iglesia y el Estado a raíz de la puesta en escena de la Pasión de Cristo, por cuanto la Iglesia no ve con buenos ojos el proceso de secularización mediante el cual el Estado empieza a tener injerencia

en acontecimientos de carácter religioso. Uno de los párrocos que ha tenido Iztapalapa, hablando de la reciente ley 343 de 1987, en la cual se prohíbe a los sacerdotes el voto, decía:

La Iglesia no debe meterse en política. El evangelio es el evangelio, no debe tomar partido por nadie, pero esto no quiere decir que los sacerdotes dejen de tener deberes y derechos. La ley 343 hasta esto nos ha quitado. Es una afrenta a la persona humana. Si estamos ante una situación de ausencia de valores morales, esta ley está reforzando esta situación.

2. Tensión entre la Iglesia y la religiosidad popular. Para la Iglesia, las formas de religiosidad que están fuera de su radio de influencia directa, pertenecen a formas de expresión puramente folklóricas, según lo expresa uno de los coordinadores de la Semana Santa:

Las relaciones nuestras con la Iglesia han ido de ser más tensas a menos tensas, dependiendo de los distintos criterios que han ido adoptando las autoridades eclesiásticas. De 1947 a 1952 fueron años muy duros, la Iglesia incluso hostilizó y repudió todo cuanto tuviera que ver con esta celebración de Semana Santa, a través de volantes y de distintas formas de propaganda, tanto verbal como escrita.

Una de las cosas que más ha irritado a los sacerdotes es el hecho de que a la Iglesia se metan multitudes cuando van siguiendo a los actores. Siempre han exigido ver los parlamentos con el fin de enterarse de su contenido y éste no ha sido objetado seriamente. Una vez estando uno de los miembros del comité en la Iglesia, vinieron a sacarlo. Él contestó indignado que no se iba, porque los atrios eran del pueblo. Esta discusión fue muy fuerte y no lograron sacarlo del atrio.

Las palabras de uno de los párrocos entrevistados también ilustran de manera clara qué características tiene esta relación: "La fe de ellos no está en Cristo, ni en el evangelio; la fe está en su propia religión."

El presidente del Comité se refirió al conflicto que se desató entre éste y la Iglesia:

Durante veinticinco años la Iglesia sacó una propaganda que se repartía en Iztapalapa en contra de la celebración de Semana Santa, diciendo que eran actos irreligiosos, unas pachangas. Hubo años en los que sí se bebía y al kiosco que está en la explanada, venían mujeres a bailar. Esto ya se acabó.

El comité internamente tiene sus dificultades:

Uno de los miembros que una vez perteneció al comité, hace mucho tiempo, por ahí cerca de los años cincuenta se dedicó a recorrer diferen-

tes pueblos de Morelos y del estado de México. Se estableció un tiempo en Atencingo, Morelos, aprovechando la relación ritual que existe entre Iztapalapa y este pueblo. Compró una casa, se relacionó con las gentes de allá. Les ofreció dirigir una Semana Santa como la de Iztapalapa. No pudo hacerlo porque el padre se opuso a esto terminantemente. Se fue a Mexicalcingo y Tlaxcala, intentando lo mismo. Dicen que en Mexicalcingo vendió el libreto. Cuando el comité se enteró de esto, se fueron allá a aclarar la situación y a decir que no estaban de acuerdo, entonces allá tampoco lo logró.

3. Discordia y desafío de los actores por el acceso a buenos papeles en la representación. Los actores rivalizan entre ellos por los papeles principales: Cristo, la Virgen, los apóstoles. Durante la selección de personajes es bastante común que haya suspicacias. Algunos atribuyen la elección al parentesco con los miembros del comité, a la vecindad, al compadrazgo.
4. Los propios conflictos escenificados, inherentes al drama de la Pasión.

Los focos de tensión que hemos localizado y que mencionamos como fundamentales, al mismo tiempo cuentan con su propio mecanismo de control ritual, esto es, la otra cara de la moneda, la forma de dirimir el conflicto, la forma particular de construcción del consenso.

La pugna por el poder entre la Iglesia y el Estado, es histórica. La merma del poder de la Iglesia en México ha sido enorme desde la Reforma juarista. El proceso de secularización ha dejado a la Iglesia con un radio de acción hasta cierto punto limitado; al respecto, el obispo de la zona pastoral número siete nos dijo:

En México [ciudad], hay sólo diez mil sacerdotes. Las mayordomías son estructuras más amplias e importantes que las parroquias, pues trascendiendo lo religioso y su red de influencia se ha desplazado hacia lo político.

La corporación que dirige la festividad maneja un discurso de carácter ideológico, en el que exaltan los valores de la tradición, la solidaridad y la fiesta. Este texto se confronta permanentemente con una realidad conflictiva, los de Iztapalapa han hecho suya una visión "naturalizada" del conflicto, han incorporado profundamente el discurso de la hegemonía que se basa en la abstracción y en la generalidad.

Creemos que la mejor manera de cerrar este capítulo es concretando puntualmente cada una de las funciones que cumple esta celebración.

La función de legitimación

Entendemos la legitimación como la autojustificación inherente a cualquier forma de dominación; los sectores hegemónicos, establecen

estrategias para que su poder de dominación sea considerado como legítimo; superioridad establecida como hecho "natural" y así aceptada por los dominados. Así, el comité resulta ser una eficaz estructura mediadora a través de la cual los dos pilares de la hegemonía, Estado e Iglesia, apelan a la legitimidad.

En la práctica este proceso de legitimación que lleva a cabo el Estado se hace con la mediación del comité. El Estado, a cambio de ofrecer cobertura legal a las manifestaciones de religiosidad popular, se garantiza votantes en los comicios. Es una de las vías efectivas para la obtención y construcción del consenso. Aunque hay presencia de otros partidos políticos, la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI) es una realidad en la Delegación de Iztapalapa.

Las funciones de legitimación no son ejercidas tan sólo por el Estado, sino también por la Iglesia católica, que tiene a su cargo la parte del proceso de hegemonización, dentro de su terreno específico: lo ideológico religioso. Este proceso está inmerso en las contradicciones de clase, donde también constituyen una institución mediadora y reproductora del orden social. La comisión organizadora tiene que pactar con las autoridades eclesiásticas y obtener su consentimiento, para que ofrezca servicios religiosos a los participantes de la celebración popular.

La relación entre Iglesia y Estado es una compleja madeja de contradicciones que se entretienen a través de las distintas facciones que componen estas instituciones. En México, la Iglesia está supeditada en gran medida a los lineamientos del Estado, expresados claramente en las leyes. La Constitución de 1917, aún en vigor, prohíbe al clero las actividades educativas y electorales. El artículo 130 no reconoce "personalidad alguna a las agrupaciones denominadas religiosas"; a la Iglesia se la trata como enemiga del Estado. Esta situación llevó al enfrentamiento armado en la época de Calles, durante el levantamiento cristero. Las leyes de Reforma de Juárez también atacaron rudamente a la Iglesia económicamente.

Sin embargo, esta relación no ha sido de enfrentamiento permanente. Con Ávila Camacho como presidente, las relaciones mejoraron de manera notable, fueron de verdadero acercamiento y armonía. La Iglesia sirvió al Estado en el terreno ideológico, apoyando sus acciones y conminando a los feligreses a acatar los designios del gobierno.

El desarrollo del sistema capitalista mexicano, con su concomitante desarrollo industrial, tecnológico y científico, ha traído consigo una mayor secularización, al suprimir el dominio de las instituciones y los símbolos religiosos de algunos sectores de la sociedad y de la cultura.

La fiesta, desde el punto de vista económico, es una oportunidad especial y privilegiada para el intercambio regional de una gama de productos, tanto artesanales como industriales.

Vista superficialmente, sólo se observa de manera clara su función religiosa, pero lo que en realidad ocurre, es que es la que aparece a nuestra vista de manera más inmediata. La Semana Santa es una conexión más de un circuito de peregrinaciones a santuarios, perfil vital de la religiosidad popular mexicana. Otros polos de atracción de la vida religiosa, vinculados con Iztapalapa son: la Villa de Guadalupe, Chalma, Tepalcingo y Mexicalcingo. Al respecto, la gente de Iztapalapa nos dice: "Es nuestra manera particular de hacer turismo, tiene que ser religioso". Estos centros de religiosidad se ligan entre sí, a partir del cuidado de las imágenes por parte de los mayordomos, cuyo sistema rebasa la circunscripción local y enlaza a la gente de Iztapalapa con la gente de otras partes de la ciudad, de Morelos y del estado de México.

Las mayordomías son muy importantes como pilares de estructuración y cohesión social. A partir de ellas se establecen nuevos lazos familiares, se crean otros parentescos rituales y lazos de amistad. La Semana Santa es la ocasión para que los amigos y parientes visiten a los de Iztapalapa y se revitalicen las relaciones afectivas. Los iztapalapenses año con año reciben visitantes de otros rumbos de la ciudad y de otros lugares de la república, y hasta de Estados Unidos. Es no sólo un espacio de continuidad de elementos culturales, sino también de establecimiento de lazos afectivos de tipo familiar y amistoso.

Iztapalapa, por su ubicación, resulta un lugar privilegiado para llevar a cabo el intercambio. Según mencionaron algunos de nuestros informantes, todavía hasta la mitad de este siglo en Iztapalapa se intercambiaban productos artesanales y agropecuarios. Con la expropiación de la chinampería, los productos agrícolas dejaron de estar en primer lugar a la hora del intercambio y fueron sustituidos por productos industriales. Se puede decir que durante la Semana Santa se encuentran, para competir, la producción en serie y la producción artesanal, y en torno a ellos se establecen las principales redes de comercialización. Los productos artesanales que destacan son principalmente de Michoacán, Morelos y del estado de México.

Este hecho nos hace suponer que los circuitos religiosos son también de carácter económico. La base de sustentación de toda esta trama ritual tendría que ser estudiada con una perspectiva regional, considerando que cada celebración constituye un eslabón más de la compleja red de comercialización. Los comerciantes que se dan cita en Iztapalapa son itinerantes, van a diversas ferias y celebraciones; como si estos circuitos co-

merciales fueran pequeños sistemas planetarios. El sol en torno al cual giran son las celebraciones, —la Semana Santa en nuestro caso—, los planetas son los comerciantes de los distintos productos, que giran en torno a las celebraciones y sobre sus propios ejes. Los hay mayores, igual que los planetas, aquellos que comercian en grande. Otros son satélites de los comerciantes mayores, giran en torno a éstos. Podemos decir, hablando en lenguaje figurado, que a cada región corresponde un sistema solar-comercial, y que el conjunto de estos sistemas conforman las constelaciones económicas que se entablan a partir de las redes de comercialización ya mencionadas.

Otro importante aspecto es la existencia continua de tianguis o circuitos de mercado permanentes y en pequeña escala, son la forma tradicional prehispánica de intercambio que ha sobrevivido, transformando su contenido económico, del trueque al uso del dinero, pero conservando la forma. Al igual que la feria comercial que se establece en Semana Santa, concentran productos agrícolas, artesanales e industriales. En ellas se venden mercancías que los revendedores adquieren en las grandes ferias y que ponen a circular semanalmente en los tianguis.

Esta ocasión es aprovechada también por los vecinos de Iztapalapa y demás visitantes, para hacerse de cazuelas, metates, molcajetes y otros productos artesanales, aprovechando la oportunidad que brindan estos espacios. Los principales tipos de comerciantes son:

Comerciantes al por mayor. Son gente que viene de otros lugares, como Puebla, el Distrito Federal y Guanajuato. Hacen sus compras en grandes volúmenes y transportan la mercancía en camiones que instalan en la periferia de Iztapalapa durante los días de la celebración. Venden a intermediarios que tienen sus puestos dentro del propio pueblo. Entre otros artículos comercian con utensilios de plástico para la cocina, zapatos, ropa, etcétera.

Comerciantes de Iztapalapa. A propósito de la ocasión, éstos se dirigen a las fábricas para obtener productos para sus puestos: ropa, enseres para el hogar y hasta "fayuca adquirida con los cuates de Tepito". Los puestos cubren las banquetas alrededor de la Iglesia de San Lucas y venden al por menor.

Productores directos. Son fundamentalmente artesanos. Es muy usual que vengan en grupos; citemos como ejemplo a los alfareros de Michoacán: son redes de parientes y amigos que traen su producción, la cuidan y la venden "dándose una mano". Cuando se trata de acomodar la artesanía o de dormir, lo hacen por turnos. Para que esto ocurra, no es estrictamente necesario que haya lazos familiares entre ellos, la amistad es suficiente. Lo más común es que se den combinadas las dos situaciones, la ayuda mutua es la forma de relación característica de estos dos grupos. Desde el momento de llegar, duermen juntos, se envuelve

cada quien en su cobija y se acuestan a los lados de la explanada de la Delegación y en el atrio de la Iglesia. Llegan a la ciudad dos días antes de que la celebración comience, pues tienen que arreglar con la Delegación el pago por metro cuadrado del puesto (\$1 500.00 m²) que ha sido previamente pactado.

Al calor de la convivencia es usual que establezcan con otros artesanos una amistad y que se den "en consignación" artesanías unos a otros, como otra forma de ayuda mutua. Los viajes a otras ferias se planean con mucha anticipación, para poder llevar un volumen considerable de producción.

Artesanos cuya producción es de consumo inmediato. Se trata de familias enteras, cuyas mujeres atienden un puesto de comida en el parque, los hombres en general reciben el dinero, los hijos sirven en pequeños comedores improvisados. Es un negocio manejado por mujeres. En general, las señoras de Iztapalapa procuran aprovechar esta ocasión para hacerse de algunos pesos.

Hay dos federaciones de artesanos que están afiliadas a la Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) respectivamente, que según la información de la Delegación, son las más importantes. Sin embargo, representan un pequeño número, si consideramos que se estima que participan en la Semana Santa dos mil artesanos. Sobre éstos no hay ningún control aunque la Tesorería les cobra las cuotas a ellos directamente y ésta es una información confidencial de dicha dependencia.

Obtuvimos información del registro que lleva la Delegación sobre vendedores ambulantes y artesanos. Diferenciamos en este registro las ventas de comida, de artesanías que no son de consumo inmediato, y lo que son productos de origen industrial, para dar al lector una idea más concreta de lo que significa esta celebración como forma de comercialización (véase Cuadro 2).

Locales comerciales. Son permanentes pero se preparan con tiempo haciéndose de un buen *stock* de mercancías para las ocasiones festivas. Junto a estos locales fijos, se establecen los comerciantes eventuales con un pequeño puesto que puede ser de múltiples cosas: refrescos, cocos, panes, gorditas, garnachas y artesanías rituales tales como cristos, cruces, palmas, etcétera; a veces tienen otras actividades, o simplemente son desempleados que deciden "paliar" los efectos de la crisis con la pequeña venta. Durante los años que asistimos a la celebración de Iztapalapa, notamos un incremento desmesurado de los vendedores ambulantes de toda índole, como si la representación a la que asistimos llevara por título "Desempleo".

Vendedores ambulantes. Los ponemos como una categoría aparte, ya que pueden o no utilizar un espacio en la vía pública. A veces ocupan

CUADRO 2

<i>Vendedores autorizados por la delegación, durante la fiesta de Semana Santa Iztapalapa (1987)</i>			
Tipo de actividad	Núm. de puestos	Aporte	%
Artículos Industriales	21	32 760	10
Artesanías	98	152 880	48
Comida y bebidas	84	131 040	42
Total	203	316 680	100

un lugar en la banqueta, o llevan su mostrador portátil (maletines abiertos), en los que cargan matracas, llaveros, plumas, pequeñas cosas de "fayuca", y hasta implementos para brujería (esencia de tabaco, velas, ajos machos, talismanes de piedra imán y lociones *Ven a mí*). Curiosamente las dos oraciones más vendidas hacen alusión al desempleo, transcribimos dos fragmentos de ellas para ilustrar lo que planteamos:

Oración a San Martín Caballero

Oh glorioso soldado romano, que fuiste de Dios conferido a cumplir el don de la caridad. Por las pruebas más grandes a que fuiste sometido por el Señor, yo te pido de todo corazón que combatas la miseria de mi casa, que la caridad de tu alma me siga por donde quiera que vaya. Que tu espada milagrosa destierre los maleficios en mi vida y las herraduras de tu brioso corcel me traigan suerte en todos mis negocios.

Oh San Martín Caballero del Señor, fiel misionero, líbrame del hechicero, saca la sal de mi casa, dame fortuna, suerte, *trabajo y salario*.

Oración del Maravilloso Ajo Macho

Milagroso ajo, que fuiste puesto en el Monte Calvario donde Jesús murió para darte eterna luz y librarnos de todo mal. Milagroso ajo de la bondad, retírame envidias, apártame de los enemigos, *ayúdame en mi trabajo o mi negocio*, asegúrame el cariño de los que me rodean, así sea, así sea, así será (cursivas nuestras).

La función social de la fiesta

La fiesta cumple una importante función con respecto al orden social, al transmitir los significados objetivados de una generación a otra, en lo que se conoce como proceso de socialización. Los jóvenes aprenden los contenidos culturales de sus ancestros; los entrevistados hablaron siempre de su celebración como "escuela de cristianos". El participante en el ritual no sólo hace suyos estos contenidos, sino que va conformando simultáneamente un marco de referencia que le permite una identificación, una adscripción, a un grupo de pertenencia. Este importante mecanismo asegura la continuidad de la cultura y una ubicación social de los individuos sujetos a la normatividad social.

Los actores aprenden a someterse a reglas fijas, a seguir una secuencia, el sacrificio retributivo (nos estamos refiriendo a penitentes y hacedores de promesas); también se aprende a transgredir las normas y su costo. Desde lo más general hasta lo más particular, se aprende lo que son las jerarquías y su correlato del poder, el pasado y el presente ritual. Unido a esto hay un aprendizaje concientizador de lo que son los hechos históricos regionales, que no sólo dibujan el perfil de lo que es Iztapalapa, sino que aportan segmentos de lo que es la configuración de la identidad de un pueblo conurbado de la ciudad de México. Implica consideraciones que dan otra dimensión al orden cultural diferenciador de los sectores populares en su conjunto y dejan de constreñirlos al lugar de lo folklórico o lo exótico. Tal orden cultural revela aspectos muy importantes de la vida social de la ciudad y no sólo hechos marginales o insignificantes. Esto nos hace considerar el cuerpo social como un todo, donde lo sagrado y lo profano no son categorías opuestas, sino partes constitutivas de la ritualidad en una unidad indisoluble, donde sus dispositivos entran permanentemente en acción; a partir de un polo histórico fundante se genera un polo ideológico.

El polo histórico es un referente que instruye a los actores y espectadores sobre dos hechos fundamentales: la Pasión de Cristo y la epidemia que asoló a Iztapalapa y que cobró muchas vidas.

El polo ideológico es el epicentro a partir del cual, se resignifican los acontecimientos en función de un claro proceso de hegemonización de una manifestación popular de la cultura. Otra función que cumple el polo ideológico es la de asegurar la continuidad social del grupo, con todo lo que implique en cuanto a normatividad.

La función simbólica de la identidad

La fiesta tiene una función en relación a la identidad de los participantes; es un referente a su pertenencia social, que a la vez los diferencia

de otros sectores sociales involucrados también en eventos festivos. La fiesta, en última instancia, es un espacio de integración social.

Ya hemos mencionado los aspectos pedagógicos del ritual que instruye a una comunidad sobre sus valores éticos, morales, rituales. Este aprendizaje tiene lugar a través del lenguaje oral y visual. Se inserta de manera muy profunda en los individuos a partir de la movilización de las emociones que hace que este proceso sea eficaz, para que se den los dos procesos: el de creación de la identidad y el de diferenciación social. Esta celebración marca una diferenciación respecto a los que nunca han participado ni participarán en él.

Lo que en realidad hacen los rituales es legitimar y sancionar las diferencias preexistentes; los ritos también tienen una función integradora de los opuestos, y la eficacia de éstos radica principalmente en hacer que las diferencias del orden social lleguen a verse como naturales. La eficacia simbólica de este rito radica precisamente en el poder que tiene de actuar sobre lo real, cuando su acción ha sido dirigida a la representación. En un nivel más particular, la fiesta ofrece la posibilidad de renacer cíclicamente.

Además, se trata de un sacrificio retributivo en busca de la salud y la protección contra distintos males mundanos, tales como la envidia y el desempleo. Al estar tan vinculadas a la fiesta necesidades vitales de los sectores subalternos, la obtención de cualquiera de estos valores se paga generalmente con una promesa, que en nuestro caso es la participación en la celebración durante tres años.

Los actores de la celebración, tras disolverse en una unidad con los demás participantes al finalizar la fiesta, terminan rescatándose a sí mismos y al resto. Han logrado expresarse como individuos y, como miembros de un grupo con el que comparten motivaciones profundas: raíces históricas, anhelos, alegría del encuentro, dolor y esperanzas que se objetivan en la ritualidad. Cumple una función social absolutamente vital.

La función de prestigio

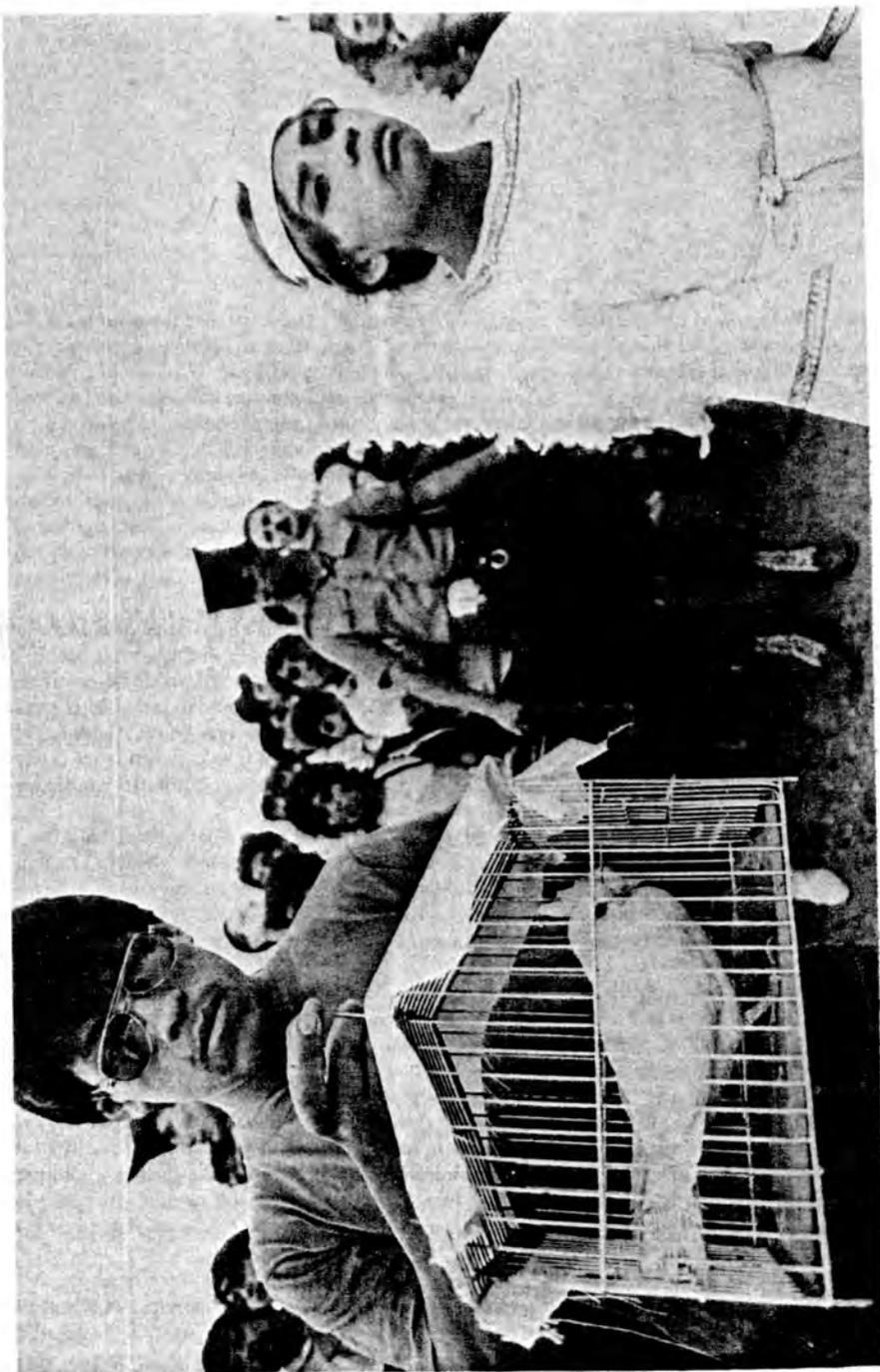
La función de prestigio ha sido ampliamente observada por la antropología clásica, que ha trabajado tradicionalmente el sistema de fiestas o sistemas de cargos.

Nosotros hemos encontrado que con la presencia de los medios masivos de comunicación, la función del prestigio se amplía, en la medida en que las posibilidades de reconocimiento social trascienden las fronteras de Iztapalapa. Esta función consiste en participar en la celebración en busca de una retribución o beneficio inmaterial: el prestigio y reconocimiento social que una persona obtiene en la medida de su participación.

Subyace la idea de que en la misma proporción en que se invierte no sólo dinero, sino también caudales de energía y sacrificio, serán los resultados obtenidos. Estos sectores en plena crisis, se permiten ese discurrir fantasioso por el pasado y elaborar lejanas realidades. En medio de una profunda angustia por la sobrevivencia, buscan una retribución tan inmaterial como es la llamada economía de prestigio. Entran en función dispositivos del imaginario social, en apariencia irracionales. Esto no es nuevo, de ello ya han dado cuenta los cronistas:

El antiguo sistema de obtener prestigio a través del patrocinio de ceremonias también continuó. Aunque las ofrendas de víctimas en sacrificio como manera de subir de estatus fueron suprimidas. Las costumbres relacionadas de obtener banquetes y patrocinar funciones religiosas fueron descritas a comienzos de la Colonia por misioneros que lo vieron como una continuación de las costumbres prehispánicas. La conocida identificación de los dioses indígenas con los santos católicos, y consecuentemente de sus respectivos rituales, transfirió de las ceremonias antiguas a las modernas, el valor de los patrocinios rituales y el banquete como manera de obtener prestigio (Carrasco 1976:178).

Para los sectores subalternos es muy importante socialmente la participación en la ritualidad colectiva, en tanto ofrece esa posibilidad de identidad y reconocimiento que otros espacios les niega. La obtención de tan estimado bien —el prestigio— conlleva fuertes sacrificios de todo orden. Esto es muy claro en el caso de celebraciones religiosas que implican mandas y promesas que exigen grandes esfuerzos físicos (cargar la cruz, ir descalzos). Económicamente es muy onerosa la participación en la ritualidad, como los gastos en túnica y cruz. Pero nada de esto importa si lo que está en juego es la pertenencia a un grupo social.



Notas

¹ En un nivel más operativo, la gente de Iztapalapa explica cómo se organizó el culto por barrios. Los antiguos mandaron a hacer cuatro imágenes de bulto: San Manuelito, Jerusalén, el Señor de las Cañitas y San Luquitas. Cada imagen representaba dos de los barrios, estas deidades estaban emparentadas entre sí, eran cuatro hermanos. La imagen de Jerusalén ha sido rescatada e integrada al recorrido por los organizadores de la Semana Santa de Iztapalapa. En principio iba sólo a dos barrios, la Asunción y San José, pero poco a poco se ha extendido a los otros, a los que visita con alguna frecuencia. Desde hace nueve años, a un miembro del comité se le ocurrió la idea de integrarla al recorrido del Domingo de Ramos. Es un elemento nuevo, que une a la Semana Santa con el resto del ciclo de celebraciones de mayordomía de los barrios. Decimos religiosidad popular porque es la región de los pobres, que se organiza a partir de mayordomías.

² Al respecto Pedro Carrasco nos dice: "En tiempos antiguos, de las obras de tributos y de las tierras públicas o ganado de los pueblos y cofradías, provenía una gran cantidad de riqueza consumida en la organización ceremonial. La pérdida de estos bienes públicos acrecentó la importancia del patrocinio individual de las funciones públicas. Así es como la palabra mayordomo, originalmente el administrador de una propiedad comunal se convirtió en el término general para individuos que funcionan con su propia riqueza [financian] una festividad religiosa" (Carrasco 1976:165-179).

³ Cfr. Turner 1974. Según Turner los símbolos son de significación bipolar: uno de los polos es ideológico al transmitir normas y valores que rigen la conducta, el otro polo es sensorial, puesto que trasmite significados emocionales.

Entre las propiedades de los símbolos Turner ha considerado la condenación. Esto significa que un sólo símbolo está saturado de significados tanto cognoscitivos como emocionales.

Un ejemplo en nuestro estudio es la cruz, que aparece de manera recurrente a lo largo de todo el periodo de la cuaresma. En la casa de los ensayos, la cargan los nazarenos y también el Cristo. Hay cruces de palma el Domingo de Ramos, éstas se venden en los puestos de artesanías. Además hay tres de ellas en el Monte Calvario. Este símbolo nos comunica que estamos en un pueblo católico que conmemora la Pasión de Cristo. Las crucitas de palma que llevan los fieles durante toda la Semana Santa amarradas con claves y manzanilla nos hablan además de la profunda fusión que existe entre la religiosidad popular y el pensamiento mágico cuya frontera en ocasiones es casi inexistente. De hecho el pasaporte que se nos otorga al internarnos en el espacio de la ritualidad nos permite transitar de uno a otro de estos espacios sin ningún tipo de aduana.

⁴ Según lo expresado por antiguos participantes de esta festividad respecto a que antes se hacía la representación de la Pasión en la Iglesia y ahora se hace en el Cerro de la Estrella, "hoy ésta es mucho mejor, porque se hace en un lugar histórico del pueblo, así está más cerca de la gente".

⁵ A "Don Pedrito" se le conoce popularmente en Iztapalapa. Es un viejo participante de la celebración, que desde hace treinta y cinco años presta su casa para que se lleven a cabo los ensayos. Su padre, antiguo delegado de Iztapalapa, también fue personaje principal de esta celebración. Actualmente él como dueño de casa no participa directamente de la representación, pero los servicios que ofrece durante los ensayos y los tres días de la Semana Santa, le significan una importante retribución en prestigio.

⁶ Uno de los antiguos párrocos de Iztapalapa, entrevistado por nosotros, habló acerca de su experiencia con el comité. Ésta ejemplifica una de las maneras de relación de la Iglesia con este evento: nos dijo que una de las cosas que hizo fue reformar los libretos, en los que se filtraba de manera muy clara la paganización. Trató además de mejorar el aspecto artístico de la representación, se impulsó la idea de que quien hiciera el papel de Cristo fuera de buena conducta, de buena familia, así se hizo y parece que lo siguen haciendo: "de todas formas yo pienso que la religión de Iztapalapa es una religión folklórica que rinde muy poco fruto espiritual, la gente se divierte y eso a mí no me gusta".

5. En los tiempos del cólera

Ni sagrado ni profano: hegemonización

El surgimiento de las culturas subalternas tiene lugar con la aparición de las clases sociales y el Estado. Sólo en ese momento se puede hablar de la existencia de clases subalternas y también de una cultura producida por éstas. Constituye el testimonio de una forma particular del ser cotidiano de las clases dominadas; su vida, su realidad, en sus aspectos lúdico, ritual e interpretativo, son lo que conforma a las culturas populares, éstas deben ser estudiadas en su relación respecto a la cultura dominante. Cómo la última condiciona la producción cultural subalterna, la mistifica, la resemantiza o absorbe, y cómo las segundas manifiestan su carácter oposicional en momentos históricos bien precisos, y de transacción en otros, frente a la cultura hegemónica, consciente o inconscientemente.

Si aquí utilizamos la oposición hegemónico/subalterno, nuestro propósito es de orden metodológico. El mundo de lo hegemónico y el mundo de lo subalterno no son dos bloques monolíticos, uno arriba del otro, sino que se trata de un imbricamiento dialéctico, donde las dos concepciones se interpenetran y por momentos pueden parecer opuestas; o bien aparecen adaptadas, complementadas o retraducidas. El juego contradictorio no se da solamente desde lo hegemónico hacia lo subalterno, o a la inversa, sino que dentro del propio espacio hegemónico y/o subalterno se juegan permanentemente las contradicciones. La celebración es popular, puesto que es producida y reproducida por los sectores subalternos, en tanto se adapta a sus concepciones de sentir la vida. La representación de la Pasión de Iztapalapa está basada en los evangelios apócrifos y no en los textos bíblicos, no se trata de textos legítimos; por su contenido estos textos enfatizan los aspectos melodramáticos, aparecen polarizados elementos tales como intriga, pasión, odio, amor, mientras que los textos bíblicos, por lo escuetos, no son del gusto ni del sentir popular. Cabe reiterar lo que ya hemos señalado, las operaciones de la hegemonía pueden llegar a desactivar elementos de oposición y de conflicto en cualquiera de sus dimensiones. Estas prácticas siempre constituyen un testi-